

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Baltiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

La cuestión mejicana continúa siendo la dificultad principal donde tropieza la política de Napoleón, y amenaza ser el escollo donde encuentre su ruina. Por más esfuerzos que hace la prensa imperialista para ocultar la gravedad de la situación en que se encuentra el Gobierno á quien sirve; por más estudio que emplean los oradores ministeriales en las Cámaras; por más habilidad que el Sr. Monthon, representante de las Tullerías en los Estados-Unidos, emplea en la redacción de los despachos diplomáticos, á través de estos y otros medios que se ponen en juego para disimular la situación comprometida de Francia con relación á los asuntos mejicanos en que en mal hora quiso intervenir, todo hace creer que lejos de haberse adelantado algo en la solución de este complicado negocio, se aumenta cada día la imposibilidad de que Napoleón III abandone el territorio americano sin menoscabo de su honra ó sin eludir un choque con la República de la Unión, cosas ambas, como cualquiera puede ver, funestas á cual más para el Imperio francés.

Por menos importancia que los diarios oficiales quieran atribuir á la toma de Bagdad que tuvo lugar no há muchos días, siempre resultará que el territorio mejicano ha sido invadido por tropas de los Estados-Unidos. No hay más que leer el despacho dirigido por el Sr. Monthon, representante de Francia cerca del Gobierno de Washington, que publicamos más adelante, para convencerse de la importancia de este suceso. Todos los esfuerzos de este agente diplomático no bastan para atenuar la complicidad del Gobierno de los Estados-Unidos, ó por lo menos de algunos de sus generales en ese acontecimiento, que es el lado grave del negocio. «Lo que se comprende fácilmente», dice el Sr. Monthon, es que el general Weitzel haya creído deber entrar en correspondencia oficial con el titulado general Crawford. ¿Hubiera entrado el general Weitzel en correspondencia oficial con el jefe de las fuerzas que invadieron el territorio mejicano si no hubiera tenido autorización del Gobierno de la República, ó no hubiera contado al menos con su aquiescencia?

El Gobierno francés, á falta de otra cosa con que calmar la alarma que había causado en vista de unos hechos tan significativos de la actitud de los Estados-Unidos, se ha apresurado á publicar el despacho de Monthon para hacer ver la firme resolución del Gobierno de Washington de guardar neutralidad. El diplomático francés así lo asegura, pero del texto mismo de su despacho se deduce que esta neutralidad de los Estados-Unidos sólo consiste en la abstención de actos que pudieran acarrear un conflicto con las tropas de Napoleón; pero de ningún modo se entiende esta buena voluntad al Imperio mejicano que la Unión sigue obstinada en no reconocer. Y precisamente ahí está el nudo de la dificultad. La cuestión, pues, queda toda entera, sin otra salida para Napoleón que retirarse de América lisa y llanamente, dejando entregado á su protegido Maximiliano á las garras de los yankees, ó empeñar una lucha desastrosa con los Estados-Unidos.

«Pero para qué nos esforzamos en probar que es comprometida la situación en América? Si hasta aquí hubiéramos podido abrigar dudas sobre este punto, nos sacaría de ellas la sesión del Senado francés, en que se discutió el párrafo de la contestación al discurso del Trono, que trata de los negocios de Méjico.

El mariscal Forey, que, como todos recordarán, fué general en jefe de las fuerzas francesas en Méjico, pronunció con este motivo un discurso del cual tomamos los siguientes párrafos, que muestran cuál es la situación de Maximiliano y dejan entrever el apuro en que se encuentra Francia:

«Según mi opinión, dijo el mariscal Forey, acarrearía grandes peligros el llamar inmediatamente nuestras tropas. El Emperador ha declarado que nosotros hemos ido á Méjico para poner á salvo los intereses franceses y para defender á nuestros nacionales.

«Pues bien, si se retira nuestro ejército de Méjico, todos los franceses se verían obligados á venirse con él, ó serían víctimas de violencias aún más grandes que las que hemos visto.

«En fin, si nosotros tenemos intereses propios que defender, hay otros que también debemos proteger.

«No es por ventura deber nuestro proteger esas poblaciones que nos han recibido con los brazos abiertos, que se han comprometido por nosotros y que han gritado: Viva Maximiliano? ¿No está interesado nuestro honor? Yo sé que se podría replicarme: ellas han gritado: ¡Viva Maximiliano! pues bien, ¡que ellas lo sostengan!

«Pero reflexiónese que ellas no tienen todavía confianza en sus propias fuerzas, que ellas han

sido desmoralizadas por las autoridades que las oprimían y explotaban. Es menester dejarles tiempo para cobrar ánimo y fuerza, es menester conservarles nuestro apoyo, ayudarles á sostener el poder que se han creado.

«A la primera noticia de nuestro abandono se levantarán los discolos que hoy están contentos, se acogerán á la bandera de Juárez, y los mejicanos sufrirán las venganzas de esas hordas bárbaras que han dado tantas pruebas de sus atrocidades.

«Esto es tan verdadero que hoy mismo, á medida que los pueblos son evacuados por nuestras tropas, son abandonados también por sus habitantes por temor á las represalias de los partidarios de Juárez.»

Hasta aquí el orador nos ha pintado con mano maestra y con autoridad irrecusable el estado del Imperio mejicano, de ese Imperio que se nos decía tan popular, y que ahora vemos no se sostiene sino con la punta de las bayonetas francesas, en términos de que basta la ausencia de estas de cualquier pueblo para que este vuelva á poder de sus enemigos.

Veamos ahora cómo trató el senador imperialista la parte más candente de la cuestión, la que se refiere al lado personal de Francia.

Después de algunas palabras dulces para los Estados Unidos, continuó diciendo el mariscal Forey:

«Y ahora, ¿qué debemos hacer para acabar nuestra obra de moralización y progreso que hemos emprendido en Méjico? El Senado va á sorprenderse; pero es preciso que yo diga mi opinión, que por otra parte, es una opinión enteramente mía. Tal vez sea necesario enviar nuevas tropas á Méjico. (Rumores.) Sería necesario, á lo menos, conservar las que existen allí. Quizá sea necesario hacer todavía nuevos sacrificios de dinero. (Nuevos rumores.)

«Se dijo un día que Francia era bastante rica para pagar su gloria; no será, pues, una gloria para nosotros el completar la obra que emprendimos en aquellas lejanas playas?

«Ciertamente el dinero tiene su importancia, (Ruido) pero es conveniente comprometer, por una suma de dinero, el éxito de esta empresa basada sobre un gran pensamiento del Emperador?»

Así se expresó el mariscal Forey. Las palabras que hemos subrayado, no han menester comentarios, para poner de relieve toda su gravedad. Ellas, más que ningún otro indicio, manifiestan cuán comprometida debe ser la situación de Francia cuando un personaje tan intimamente ligado con Napoleón y su gobierno, se ha atrevido á proponer nuevos sacrificios para una empresa cuyo fin y utilidad van claro lo franceses.

El mariscal Forey no hubiera hablado seguramente en los términos que hemos visto, á no estar inspirado por el Gobierno mismo; pero avanzó tanto, y la desaprobación del Senado, no obstante ser imperialista casi en su totalidad, se hizo tan patente, que el ministro de Estado se creyó en la necesidad de calmar un poco los ánimos. Sin embargo, léanse las palabras pronunciadas por Mr. Rouher, y se verá cómo se guardó muy bien de soltar prenda alguna que indicase su desacuerdo con la opinión del mariscal. El ministro de Estado se limitó á verter un poco de agua tibia sobre el fuego encendido por las palabras de aquel senador.

«El Senado comprenderá, dijo el ministro, que no tengo el propósito de contestar al discurso del honorable mariscal. El, por otra parte, ha tenido cuidado de advertir que hablaba inspirado solamente por su propio juicio. Cuanto á la opinión del Gobierno, esta no ha sido modificada por las palabras que acabas de oír. Esta opinión queda tal cual ha sido formulada en el discurso del Trono y en el párrafo del mensaje que vais á votar.»

Estas descoloridas palabras confirman en lugar de desvanecer lo que hemos dicho relativamente á la significación de las que pronunció el mariscal Forey, y no lograrían seguramente disipar la alarma que cundió en el Senado ni la que habrá producido en todos nuestros vecinos cuando llegaron á su conocimiento.

Resumen de todo esto: que el Gobierno francés se encuentra metido en un embrollo de marca mayor, y que todos los caminos se le cierran para salir de él. Hé aquí lo que suela acontecer á los que, no contentos con gobernar su casa, se meten inconsideradamente á arreglar las ajenas.

### TELEGRAMAS.

PARIS, 13.—En el Senado francés han hablado el Cardenal Bonnoche y otros oradores, atacando en sus discursos al Gobierno de Italia. Mr. de Rouher ha defendido la lealtad del Gobierno italiano, añadiendo que las miras de la Francia son siempre la reconciliación del Papa con la Italia. Ha sido aprobado el párrafo 9.º

PARIS, 13.—Hoy, al cerrarse la Bolsa, quedaban

los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza á 217; el 3 por 100 portugués á 45 1/2; el cambio sobre Lisboa á 310; el 5 por 100 italiano á 60-20; el crédito territorial francés á 1,305; el crédito mobiliario francés á 750; el español á 407; el ferro-carril de Sevilla á 36-44, y el del Norte de España á 165.

En Amsterdam quedaba hoy el 3 por 100 español á 60 0/0, y en Amberes á 34 0/0.

NUOVA-YORK, 1.º.—Se teme que los fenians hagan una invasión en el Canadá.

VERACRUZ, 23 de Enero.—El Emperador Maximiliano, al dar el pésame sobre la muerte del Rey Leopoldo de Bélgica, expresa la confianza que tiene en su propio destino y la determinación de continuar en el camino comenzado, mirando al porvenir sin inquietud.

PARIS, 14.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 60 0/0; el exterior, á 60 0/0; la dilería, á 40 0/0; la amortizable, á 40 0/0; el 3 por 100 francés, á 68-86, y el 4 1/2, á 69.

LONDRES, 14.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 1/2 á 5/8.

Tanto para dar una idea de la libertad de tribuna en Francia, como para solaz de nuestros lectores, damos el siguiente extracto de una de las sesiones del Senado francés, en que se discutía el proyecto de contestación al discurso de apertura de las Cámaras:

«Después de haber hablado el Cardenal Donnet contra la totalidad, levantóse el señor marques de Boissy, y dijo:

«Séñor fidel, bonapartista inteligente y entusiasta del imperio por reconocimiento y por interés, aconsejo al Gobierno que escriba en su bandera, mejor hoy que mañana:

«El poder temporal del Papa protegido contra todos.

«Derogado el tratado de comercio.

«Restablecidos los derechos protectores.

«Reconstituido el Gobierno parlamentario. (Rumores.)

«Palabras mágicas, con las que el Gobierno se ganará á todos los que pudiesen pensar en abandonarle.

«Creo que no hay Tronos seguros si no se apoyan en el régimen parlamentario, y que ninguna Corona pasará de padre á hijo sino en virtud de las instituciones parlamentarias. (Ohi ohi Rumores prolongados. Interrupción.)

«El Presidente: Yo no puedo permitir que continúeis hablando en ese tono; no tenéis derecho á hacerlo; habéis prestado á la Constitución un juramento que estáis obligados á cumplir.

«El marques de Boissy: No digo lo contrario.

«El Presidente: Pedis que venga al suelo la Constitución.

«El marques de Boissy: ¿Se nos piden consejos?

«El Presidente: Si: se os piden consejos; pero vos no dais consejos, sino que atacáis la Constitución.

«El marques de Boissy: Nada de eso.

«El Presidente: Vos pedis un cambio radical en la Constitución, y para eso no tenéis derecho. Hé aquí la razón constitucional que os lo niega.

«El Senado es un poder constituyente, y tiene el derecho de iniciativa para reclamar reformas en la Constitución; pero eso no puede hacerse sino en la forma prescrita por el reglamento. Si como senador podéis proponer reformas, es conformandoos con el reglamento, y veo que no lo hacéis. Cuando aquí, en el Senado, pedis el gobierno parlamentario, poneis en conocimiento del público proposiciones que antes de ser comunicadas al Senado deben haber sido autorizadas por tres secciones. (Aprobación.) Vos eludís la Constitución.

«Yo os recuerdo, pues, el cumplimiento del reglamento, y por lo tanto no os dejaré continuar en ese terreno. (St. st. ¡Muy bien! ¡Muy bien!)

«El marques de Boissy: Me someto á la alta autoridad del presidente: observo que se nos ha dicho que teníamos derecho para indicar lo que deseásemos, y nosotros no podemos indicarlo de otro modo que manifestando una aspiración, y esto no es un crimen.

«El Presidente: Pero esta aspiración no puede manifestarse sino ateniéndose á lo que dispone el reglamento.

«El marques de Boissy: Sea. Considerad que no he dicho nada. Se quiere abreviar la discusión, y esto es una desgracia, porque abreviando la discusión, abreviáis vuestra vida. Si queréis vivir, tenéis que vivir de la publicidad. Si ahogáis la discusión, nos ahogamos nosotros mismos.

«El Presidente: Teneis el derecho de discutir, pero encerrándoos dentro del círculo que os marca la ley. (Aprobación.)

«El marques de Boissy: Cuando quiero manifestar un deseo, se me impide hablar.

«El Presidente: Vos no manifestáis un deseo, sino que denigráis la Constitución, y eso no puedo consentirlo. (Aprobación.)

«El marques de Boissy: Soy adicto á la Constitución, y no la denigro; pero está declarada perfecta, y pido que sea perfeccionada. No os reconozco el derecho de decir: «de aquí no pasareis».

«Si lo hacéis, os condenáis á la inmovilidad, que vale tanto como condenarse á la muerte, y entonces todos nos moriremos, é iremos á cenar con los difuntos. (Rumores prolongados.)

«Lo que tenia que decir era difícil, y lo he dicho, sin embargo (murmillos): voy á abordar el mensaje.

«Apruebo muchas cosas: soy leal, y lo que encuentro bueno lo aplaudo; pero lo que encuentro malo, lo censuro. Se me acusa de ser de oposición. Por supuesto. Soy un hombre de oposición enérgica, pero no quiero volcar, sino que quiero sostener, mientras que

los que apoyan constantemente y demasiado, concluyen por provocar una catástrofe.

«¿Quién derribó á la Restauración? Los que querían ser más realistas que el Rey.

«Soy bonapartista; pero creo que para sostener no conviene ser caña, sino una barra de hierro.

«Adulando y encorvándose no se sostiene; se sostiene, si, mostrándose fuerte, para que cuando llegue la ocasión pueda uno servir de sostén. (Murmillos.)

«No creo haber dicho nada inconveniente, y, por lo tanto, acepto esos murmullos como cumplimientos.

«Un senador: No hay de qué.

«El marques de Boissy: Cada cual tiene su manera de interpretar las cosas, y prefiero considerar estos murmullos como cumplimientos á considerarlos como injurias. (Risas.)

El honorable orador, examinando el discurso de la Corona, se conde de haber encontrado en él la frase *esprits intranquilles*, y en su opinión la comisión del mensaje ha hecho bien en no reproducir estas expresiones.

«Han evocado en mí un recuerdo, dice el orador; son las irritantes palabras que encerraba el último discurso de la Corona del Rey Luis Felipe. (Ligeros murmullos.)

«Por mi parte, señores, diré que no tengo el espíritu intranquilo, no; pero, lo confieso, estoy intranquilo, y no soy el único que lo está, y deseo explicar los motivos de mi inquietud, porque encuentro en el discurso de la Corona aseveraciones que creo erróneas. Y eso proviene de que el Emperador no lo sabe todo; nadie lo ilustra; se le engaña... (Interrupción), se le engaña callando á aduándole.

El honorable senador deplora que se haya consignado en el discurso de la Corona y en la contestación la reunión en Cherburgo de las armadas francesas é inglesas.

«Se ha pretendido, dice, que esto demostraba simpatía entre ambas naciones. Siendo que se trate de indicar de tal manera en el país una opinión que no es la suya, que no es verdadera. (Reclamaciones.)

«El vicealmirante conde Bouet Villameau: Pido la palabra.

«El marques de Boissy: Esta reunión no ha probado más que una cosa: el espíritu de disciplina de nuestras tropas. En cuanto al buen acuerdo entre los dos países no, no lo he probado... (Rumores.) Yo no estaba allí, señores, pero hablo en vista de los mejores y de los más autorizados informes. En cuanto á sentimientos de simpatía no había allí más que este: cada cual decía: «todo por mi patria; todo contra el otro país».

«No soy anglofilo, pero reconozco que los ingleses tienen mucho patriotismo, y por esto, lo repito, si la boca dijese simpatía, el corazón respondería: «No, la boca ha mentado». (Murmillos.)

«¿Queréis formaros una idea de esa simpatía de que tanto se nos ha hablado? Preguntad en qué términos se expresaban los marinos franceses acerca de la marina inglesa, y á los marineros ingleses acerca de la marina francesa.

«M. Larabit: Allí estaba yo y nada he visto, nada he oído que fuese contrario á la buena inteligencia y á la simpatía entre los dos pueblos.

«El Presidente: Lo que Vd. hace es política de división y no política de conciliación. Ahora bien: esta política, así lo creo, es la mejor (adhesión); esta es la que se debe proclamar.

«El marques de Boissy: Me limito á repetir lo que he oído.

«Amo á la marina francesa; la amo, primero, porque defiende nuestras costas, y después, porque ella es la que ha de llevar un día nuestro ejército á Inglaterra. (Nueva interrupción. Exclamaciones.)

«M. Rouland: Verdaderamente que semejantes cosas no se pueden oír y dejarlas pasar sin protestar. El interés de la verdad, el de la dignidad del Senado y hasta el de la seguridad de las relaciones entre ambos países, exigen una protesta. Por mi parte, protesto con todas mis fuerzas contra un lenguaje nunca oído en una Asamblea deliberante. (Muy bien, muy bien.)

«El marques de Boissy: Señores: permitidme recordar las palabras de M. Dupin en la época en que presidia la Asamblea legislativa: «Ciudadano, decía, vos llamo al orden; no tenéis derecho de tomar la palabra para interrumpir á uno de nuestros colegas...» (Murmillos. Y ¡bien!)

«Y ¡bien! hubiera querido que el señor presidente hubiera tenido la bondad de hacer otro tanto en mi favor, y no dejar que se me interrumpiese.

«El general marques de Flahaut: Deseo decir una palabra.

«El marques de Boissy: Pido que no se me interrumpa y estoy en mi derecho.

«El marques de Flahaut: Voy á decir pocas palabras: creo que aquí podría aplicarse el conocido proverbio *aquien cala, otorga*. (Muy bien, muy bien.)

«El marques de Boissy: No comprendo.

«El duque de la Force: Todos, sin embargo, hemos comprendido. (St.)

«El marques de Boissy: No tendré la facilidad de comprensión del señor duque de la Force.

«El duque de la Force: Estoy seguro de que habéis comprendido perfectamente.

«El marques de Boissy: Pues bien; he comprendido: ¿y qué? (Risas.) Pero permitidme que os recuerde unas palabras del general Bugeaud. Decía un día á una mayoría ruidosa: «Somos moderados, porque constituimos la mayoría, y debemos ser moderados con la minoría».

«Para muestra basta un botón, y por el botón pueden formar nuestros lectores una idea aproximada de la libertad de tribuna y del estado en que se encuentran las Cámaras francesas. Pedir reformas en la Constitución es considerado como un crimen, y cuan-

do el presidente no puede hacer callar al orador reformista, la inmensa mayoría de la Cámara se encarga de hacerlo.

Sin embargo, si preguntamos al más sabido de nuestros hombres políticos liberales sobre la situación en que se encuentra el parlamentarismo de Europa, de seguro que nos contestan que en un estado floreciente, sin comprender lo que pasa en Francia, donde, á no dudar, el Emperador se goza en que habie un personaje que, como el marques de Boissy, sólo muere á risa con sus escentricidades.

Hé aquí el despacho dirigido por el representante diplomático de Francia en Washington, que ha publicado el *Moniteur*, y al cual nos referimos en nuestra revista extranjera:

«WASHINGTON, 23 de Enero de 1866.

Señor ministro: Las noticias recibidas de Rio-Grande por los diarios de Nueva-Orleans serian muy graves si hubiéramos de dadas enteras crédito. Por fortuna, están muy exageradas, y me apresuro á participar á V. E. que el subsecretario de Estado me ha dado la prueba de que, cualesquiera que sean los hechos, el Gobierno hará respetar la neutralidad por las autoridades militares, á las cuales han sido comunicadas las órdenes más precisas y formales.

Según los telegramas de ayer, sesenta hombres de un regimiento de negros situado á la parte inferior del río, abandonaron sus cantones en la noche del 5 al 6 de Enero y después de atravesar el río, lograron, por medio de inteligencias que tenían sin duda dentro de la plaza, apoderarse de Bagdad, que fué entregado al saqueo inmediatamente por los soldados hechos prisioneros que se declararon liberales y por los negros procedentes de Tejas. Un buque que se hallaba en el río, fué atacado al propio tiempo, pero sin éxito.

Enterado de estos hechos, el general comandante envió en seguida tropas á Bagdad, cuya guarnición se había refugiado en la parte alta y tomó posesión momentánea para estorbar la continuación del saqueo, dando además orden de no entregar la plaza sino á la autoridad imperial cuando se presentara.

Noticioso de estos sucesos, me personé en casa de M. Hunter, que desempeña el cargo de secretario de Estado, á pedir cuenta de la conducta de las tropas encargadas de mantener el orden en la frontera, á impedir, como se me había repetido muchas veces, toda infracción de las leyes de neutralidad. El departamento de Estado no tenía noticias oficiales, pero en virtud del rumor de la toma de Bagdad, M. Hunter había pedido informes al ministro de la Guerra.

Habiéndose presentado otra vez al día siguiente, M. Hunter me enseñó una serie de despachos telegráficos comunicados por el general Sheridan á M. Stanton, todos con el carácter más satisfactorio.

El general Sheridan atribuye los delitos cometidos á trabajos de un americano llamado Crawford, que titulándose general mejicano, procuraba reclutar tropas en favor de Juárez: se habían dado órdenes para su prisión, así como para la de un tal Reu que se titula coronel de Juárez y jefe de estado mayor de Crawford. La correspondencia publicada por la prensa basta para demostrar el papel que han hecho estos individuos y justifica su arresto. Lo que no se comprende fácilmente es que el general Weitzel se comprometiera á entrar en correspondencia oficial con el llamado general Crawford.

De cualquier modo, el general Weitzel no tiene ya mando y la correspondencia del general Sheridan da un testimonio satisfactorio, no sólo de la voluntad del Gobierno de mantener la neutralidad, sino de la determinación del general de hacer ejecutar estrictamente las órdenes recibidas al efecto.

Interin recibo más extensos pormenores, debo reiterar á V. E. la seguridad de que el Gobierno está decidido á no dejarse arrastrar á un conflicto con nosotros, por culpa de los filibusteros y de los agentes de Juárez.

Es de observar que el general Sheridan termina su postrer despacho expresando dudas sobre la oportunidad de enviar tropas á Bagdad para evitar el saqueo, añadiendo que espera no obstante que no se ofenderán los imperialistas, habiendo obrado aun en su interés propio.

Y en efecto, la orden está dada para no retirarse sino ante la autoridad imperialista. Si, como espero, comprenden la situación las autoridades del otro lado de la frontera, este incidente habrá producido un efecto saludable, probándole al Gobierno americano, cuán urgente es que se aperciba contra la repetición de hechos semejantes. Las consecuencias de la invasión serán funestas á sus actores. Soy, etc.—Monthon.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 13 DE FEBRERO DE 1866.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO al director de LA LIBERIA.

CARTA 11.ª (1)

SANTIAGO 1.º de Enero 10 de 1866.

Muy señor mío y de mi especial consideración: Voy á desvanecer en esta carta todos los escrúpulos que Vd. pueda tener para no rendirse á una verdad que, cuanto más la profundizo, más evidente me parece.

(1) Esta carta tiene en el *Boletín Eclesiástico* de Santiago el número ordinal de 12.ª, y la última que publicó EL PENSAMIENTO es la 10.ª.

Presumiendo que la numeración está equivocada en el *Boletín*, damos la presente con el número de undécima, sin perjuicio de rectificar si nos hemos equivocado.



El poder temporal del Papa, dice Vd., no fué necesario en setecientos años; luego tampoco debía serlo después. Este argumento es, lo mismo que si uno dijese: en el verano no es necesario abrigarse; luego tampoco en invierno.

Los Papas de esos setecientos años, puede usted decir también, eran ordinariamente pobres y no se recomendaban por ningún prestigio exterior: luego debían excitar una repugnancia natural á la obediencia y ser una ocasión permanente de cismas. A esto respondo que San Pedro con los treinta primeros Papas, hasta la paz de la Iglesia, todos fueron mártires, todos resplandecieron por el heroísmo de la santidad, y esto les conciliaba la obediencia, supliendo bien el aparato exterior que les faltaba. Los demás, hasta cerca de los tiempos del Principado civil, casi todos fueron Santos, y Dios no se comprometió á que siempre fuese así.

El primero y principal escrúpulo—digo mal,—la tercera observación justísima que usted ha hecho es esta: al que pone una excepción á una ley general, toca probarla. A esto respondo que la he demostrado hasta la evidencia en mi carta anterior. Pero Jesucristo, repica Vd., que mandó dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, estableciendo así la distinción de las dos potestades, no dijo una palabra acerca de la excepción. Ciertamente, en el Evangelio no se habla de excepción, y Osio y San Gelasio, que son los Padres antiguos que mejor formularon la ley, como canales de la tradición divina, no hablan tampoco de ella.

Mas Jesucristo, como los demás hombres, tiene dos modos de hablar: tiene un lenguaje oral y otro de acción. El viejo Tarquino, Rey de Roma, interrogado por su hijo, que habitaba en una ciudad enemiga y se había granjeado allí las voluntades, acerca de lo que había de hacer para someterla á aquella capital, llevó al esclavo mensajero al jardín, y allí, sin decir palabra, comenzó á cortar con los golpes de una varita las cabezas de las adormideras ó amapolas que sobresalían por su altura entre las demás. El esclavo volvió á contar al hijo de Tarquino lo que había hecho su padre, y ese lenguaje de acción fué entendido al punto por el hijo, el cual, con sus intrigas y calumnias, hizo que se cortase la cabeza á los ciudadanos principales, y con eso se allanó el camino para la conquista de la ciudad.

Así también cuando Juan envió dos de sus discípulos á preguntar á Jesús si él era el que había de venir á dar de comer al pueblo, dice San Lucas, 7, 18, que en la misma hora curó el Señor á muchos de sus enfermedades y llagas, y de los malos espíritus, y restituyó la vista á muchos ciegos; diciendo á los enviados: id ahora y contad á Juan lo que habeis visto y oído, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. Los milagros fueron la respuesta.

Pues bien con este lenguaje de acción ha hablado Jesucristo al producir con su brazo omnipotente el fraccionamiento del Imperio romano, y ese fraccionamiento nos dice que, si el Papa quedaba súbdito de alguno de los Reyes, la unidad de la Iglesia no podría conservarse sin un milagro permanente y sin suspender las leyes é inclinaciones grabadas por Dios en el corazón humano, como he demostrado en mi última hasta la evidencia.

La ley de la distinción de los dos poderes es una ley, no natural, sino positiva, que Jesucristo pudo establecer ó no establecer, como lo fué también la ley del Bautismo para salvarse. Bien sabidas son las expresiones terminantes de esa ley, y que parece no admiten excepción: *nisi quis renatus fuerit ex aqua etc.*; si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.

Nada más terminante, nada más exclusivo, y sin embargo, esa ley tiene dos excepciones, aunque no están formuladas explícitamente en el Evangelio, porque entran en el reino de Dios el mártir y el catecúmeno contrito y fervoroso que desean el Bautismo, y que la muerte violenta ó natural no dió lugar á recibir. Así también la ley de la distinción de las dos potestades tenía su excepción en un caso dado, y tanto más, cuanto que no fué formulada de una manera tan exclusiva como la del Bautismo.

La fórmula de esa ley en el Evangelio es esta: dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Osio y San Gelasio nos hablan también del César ó del Emperador romano, de modo que puede decirse, que la letra de la ley de la distinción de las dos potestades se limitaba á los tiempos del Imperio. La Iglesia, sin embargo, ha entendido constantemente que la distinción del Sacerdocio y del Imperio debía seguir aun después de la desaparición de este, y ha visto en la fórmula evangélica una sinecdoque natural, en que se toma la especie por el género, la especie de la potestad imperial por toda potestad política. Nada tiene, pues, de extraño que siendo esa una ley positiva, como la del Bautismo, tenga también alguna excepción, y la misma fórmula de la ley, que se refiere propiamente al César, pudiera hacerlo ya sospechar. Más esto, que en los primeros siglos hubiera sido sólo una conjetura, se aclaró completamente con la desaparición del César Emperador universal, y la constitución de diversas Monarquías, de ninguna de las cuales podía quedar súbdito el Papa sin que la unidad de la Iglesia sufriese los embates, no de las pasiones desordenadas, que esto nada tiene de particular, sino de las inclinaciones naturales

del corazón humano, y sin que por lo tanto resultase un antagonismo, un conflicto entre la ley natural, que permite obedecer á esas inclinaciones, y la ley de la unidad de la Iglesia. La ley, pues, de la distinción de las dos potestades debía en ese caso ceder á otras dos leyes más fuertes, á la ley de la unidad de la Iglesia, que debía ser perpétua, y á la ley natural, que permite al hombre obedecer á las inclinaciones legítimas grabadas por Dios en nuestro corazón: debía ceder lo menos posible, pero debía ceder, hasta el punto de hacer desaparecer el conflicto creado por un acontecimiento inmenso con las otras dos leyes divinas más fuertes que ella; y, lo menos que podía ceder, era dejando que el Papa fuese Rey, no de todas, sino de una sola de esas nuevas Monarquías.

Mas lo oigo á Vd. replicar: señor Arzobispo, la medida debe ser igual; yo he alegado la historia, el hecho tantas veces repetido de las persecuciones que han sufrido los Papas por causa de su poder temporal y las grandes perturbaciones sobrevenidas por esto en la Iglesia, y he dicho que ese hecho repetido habla, y habla muy alto, diciendo que el poder temporal del Papa, lejos de ser necesario, ha sido una calamidad para la Iglesia. ¡Podrá Vd. decirme la diferencia entre estos hechos y el del fraccionamiento del Imperio romano, al cual hace usted hablar en favor del principado civil del Papa? Diré á Vd. la diferencia grande que hay, manifestando lo que dice el hecho repetido de las persecuciones sufridas por los Papas desde que tienen poder temporal.

Yo he interpretado bien mi hecho y Vd. interpreta mal el suyo: lo primero lo tengo demostrado hasta la saciedad, porque aquel hecho creaba un antagonismo que Dios no podía menos de querer que desapareciese; el hecho repetido de las persecuciones de los Papas revestidos del poder temporal, prueba únicamente que hay antagonismo entre este y las pasiones desordenadas, como son la soberbia, la ambición, la codicia y otras. Hé aquí la diferencia grande que hay entre los dos hechos, el de Vd. y el mío. Dios no está obligado á hacer desaparecer ese antagonismo entre las pasiones desordenadas y el poder temporal, porque las pasiones desordenadas no son obra de Dios, sino de nuestra naturaleza corrompida; pero estaba obligado por la sabiduría de su Providencia á hacer desaparecer el antagonismo y el conflicto que, á consecuencia de la caída del Imperio, resultaba entre leyes dictadas por él. Además, ese embate de las pasiones desordenadas contra el poder temporal, es una prueba de que este es bueno y provechoso para la Iglesia; porque las pasiones desordenadas no se sublevarán contra lo malo, sino contra lo bueno.

Repase Vd. la historia de esas persecuciones de los Papas y perturbaciones de la Iglesia, y verá que todas han sido producidas por la ambición de tiranos grandes ó pequeños, sin que por esto quiera yo disputar que alguna vez, que será muy rara, haya sido algún Papa la causa verdadera de esas lamentables perturbaciones. Esto es lo que dice el hecho repetido de la historia y nada más.

Todavía tiene Vd. en reserva, como su último atrincheramiento, otra réplica: «yo no quiero, dice Vd., que el Papa sea súbdito de ningún Rey; pero tampoco quiero que sea Soberano temporal de un Estado. Hay para él otra situación preferible, y es la de que no sea súbdito, ni Soberano.» Aquí hace Vd. lo que el guerrero de la Iliada, que estaba ya á punto de perecer á manos de su enemigo, que le perseguía de cerca, cuando la Diosa, su protectora, los envolvió en una nube tenebrosa que hizo exclamar á Aquiles, si mal no me acuerdo del nombre, «danos luz, oh Júpiter, para pelear: haz que veamos, y después máttalos á todos.»

Me he echado á discurrir acerca de esa nueva situación, nunca vista, y no he podido imaginar otra sino la de subir al Papa á las nubes ó enviarle á los bosques de la Australia; pero, de seguro, no es esta la situación que Vd. tendrá en su pensamiento. Sin duda querrá usted dar al Papa en Italia, ó en otra parte de Europa, un palacio siquiera con un jardín donde pueda espaciarse algún rato, y que este palacio y este jardín, formen como una Oasis independiente de todos los Reyes de la tierra, y que desde allí enseñe y rijá á la cristiandad como Vicario de Jesucristo.

Esta es una idea poética que podrá halagar la imaginación de un niño, pero no la de un hombre maduro. El Papa en esa situación sería, en lo temporal, en vez de súbdito, esclavo, no de uno, sino de todos los Reyes. Tendrían los de las naciones cristianas y sostener el numeroso personal que le es indispensable para despachar los multiplicados negocios espirituales del mundo entero.

Tendrían que sostener su cateira y su Cabildo, porque el Papa es también Obispo y Obispo de Roma; y el día en que dictase una disposición, enseñase una doctrina, ó diese una ley eclesiástica que no agradase á los Reyes cristianos, porque pensasen que era contraria á las regalías, ó á los derechos que ellos creyesen pertenecerles, todos le negarían la subvención, y con su policía hasta impedirían que llegasen á él las colectas que se hiciesen entre los fieles para socorrer á su Padre.

Supongamos también que dos de sus criados reñían, y daba el uno al otro una muerte alevosa: el Papa reconveniría al culpable, y por una medida provisional, haría que se le encerrase en una habitación segura, y se pondría

luego naturalmente á meditar y á consultar el negocio con su consejo. Este hombre, según parece, y según el derecho universal, diría, es reo de muerte; mas la pena capital sólo puede ser impuesta por el Soberano de un pueblo, y yo no soy Soberano temporal de ninguna nación; no tengo, pues, derecho para imponerle una pena tan grave, y habré de contentarme con despedir de mi casa al asesino.

Todos los del Consejo dijeron: así es; no tiene Vuestra Santidad derecho para otra cosa; porque no tiene soberanía temporal. Hé aquí, pues, una situación del Papa, en que es necesario dejar impune un delito gravísimo, lo que prueba que semejante situación es contra la naturaleza.

En las naciones civilizadas no se ha visto hasta ahora ningún hombre que no sea súbdito, excepto el Soberano, de cada una de ellas. Sólo algún salvaje solitario errante en los bosques de Australia puede hallarse en ese caso de no ser súbdito de nadie, ni Soberano tampoco, por no tener bajo su potestad otros hombres á quienes mandar. Sería ciertamente un espectáculo nunca visto el que ofreciera un Papa que en medio de la civilizada Europa no fuese súbdito ni Soberano.

Al concluir sus contestaciones á mis tres primeras cartas, vuelve Vd. á su tema favorito, que es la historia de las persecuciones de los Papas soberanos temporales, y de las lamentables perturbaciones que ellas han acarreado á la Iglesia. Ya he demostrado que esos acontecimientos dolorosos no dicen lo que Vd. pretende hacerles decir, sino otra cosa.

Los que son aficionados á ralear fundándose en hechos históricos, suelen incurrir con frecuencia en aquel sofisma, *cum hoc ergo propter hoc*: suelen creer que la simultaneidad de dos hechos prueba que el uno es causa del otro, y no siempre es así. Entre mil ejemplos que pudieran citarse para probarlo me contentaré con uno. La predicación del Evangelio, en los tres primeros siglos, dió ocasión frecuentemente á las más crueles persecuciones contra los cristianos, y sin embargo, esa predicación no fué causa de las persecuciones, sino que lo fueron las pasiones, la adhesión á la idolatría, el odio de los sacerdotes paganos á la Religión verdadera, que los hacía descender de su puesto, el orgullo de los filósofos, la política mal entendida de los Césares, que creían ver en los cristianos los perturbadores del orden público, la superstición pagana que aborrecía á los impíos enemigos de los dioses del imperio, etc. etc. Estas fueron las causas verdaderas del odio y de la persecución contra los discípulos de Jesucristo, así como Su Santidad y sus milagros excitaban la envidia y el odio de los doctores de la ley que le crucificaron. Así sucede á usted también con los hechos de la historia eclesiástica: confunde Vd. la ocasión inocente con la causa real y efectiva de las perturbaciones de la Iglesia, que fué, no el poder temporal, sino la malicia de los hombres, como no fueron los milagros de Jesucristo y Su Santidad los que le llevaron á la cruz, sino la perversidad de los escribas y fariseos.

Ultimamente toca Vd. la cuestión de la legitimidad de nuestras exposiciones contra el proyecto del reconocimiento del reino de Italia, manifestando que, si teníamos derecho á exponer como ciudadanos, no lo teníamos como Obispos, y que por mucho menos que esto tuvo que comparecer ante el Consejo de Castilla el Sr. Carvajal, Obispo de Cuenca, en los tiempos de Carlos III. Si eso fuera así, no reñiríamos; yo hubiera elevado mi exposición de la manera siguiente.— Señora, el ciudadano Miguel García Cuesta, más conocido por el nombre de Cardenal Arzobispo de Santiago, expone respetuosamente que, reconocer el reino de Italia, como proyecta hacerlo el gobierno de V. M., sería limitándose á las provincias usurpadas al Papa, aprobar y sancionar un latrocinio sacrilego, sería allanar el camino para despojar del resto de su territorio, y obligarle á peregrinar sin domicilio fijo; sería un borron en el Catolicismo de la nación española, que tantos días de gloria la ha dado en la sucesión de los siglos, etc. Hé ahí la exposición que hubiera hecho el ciudadano Miguel García Cuesta; y para ahorrarse al señor ministro el trabajo de averiguar quien era este ciudadano, yo añadía que, además de su nombre de bautismo, tenía el de Cardenal Arzobispo de Santiago. ¡Piensa Vd. que mi exposición, encabezada de esa manera, no haría la misma impresión, si hacia alguna, que encabezándola simplemente el Cardenal Arzobispo de Santiago exponer?

Trae Vd. para censurarnos lo sucedido al Obispo de Cuenca, lo cual fué uno de los actos de despotismo que mancharon el reinado de Carlos III. Tiene Vd. razón en decir que hizo menos que nosotros: porque al cabo todo su pecado fué una carta confidencial en que indicaba los agravios que los ministros de aquel monarca, íntimos amigos, por más señas, de los enciclopelistas, hacían á la Iglesia. Conoce usted mejor que yo estos pormenores; porque parece se ha dedicado Vd. con cierta especialidad á esa clase de estudios. Ahora, según dicen, se están examinando nuestras exposiciones, y si se nos manda comparecer ante el que haga las veces de presidente del antiguo Consejo de Castilla, como se mandó al Sr. Carvajal, iremos como corderos, y no sería un espectáculo nuevo en la Iglesia de Dios. Nos lo anunció Jesucristo, Math. 10, 18.

Pero digamos dos palabras sobre la cuestión de si los Obispos tenemos, ó no, derecho, en cuanto tales, á elevar respetuosas exposiciones

á S. M. cuando se trata, no digo de una ley ó de un decreto, sino de un simple proyecto que lastima los derechos de la Iglesia.

Me admira que algunos de nuestros juristas hagan extensivo el artículo del Código penal, que habla de leyes, decretos ó otras disposiciones ya tomadas, á un simple proyecto, á un simple pensamiento ó propósito que todavía no se ha convertido en ley, decreto ó Real orden; como si la censura sobre un proyecto fuese lo mismo que la de una ley ya establecida. La Constitución ni concede ni niega á los Obispos, en cuanto tales, el derecho de exponer; de modo que, por este lado, no se nos puede acusar de infractores de la Constitución.

Mas no ignora Vd. que los Obispos tenemos además otra constitución más alta, la constitución divina de la Iglesia, á la cual afortunadamente no se opone nuestra constitución política, y por lo mismo no debe Vd. extrañar que, sin desobedecer á esta, obedezcamos aquella. Sabe Vd. que nos está mandado á los Obispos «atender á nosotros y á toda la grey en la cual hemos sido puestos por el Espíritu Santo como Obispos para regir la Iglesia de Dios, que él adquirió con su sangre.» Pues bien, en cumplimiento de este mandato declarado por el Apóstol (Act. 20) los Obispos estamos obligados á reclamar contra lo que se oponga al buen régimen de la Iglesia. El Señor había dicho ya á sus Apóstoles: «id y enseñad á todas las gentes... enseñadlas á observar todas las cosas que os he mandado.» Y como una de las cosas que nos ha mandado Jesucristo es, que enseñemos la moral y prediquemos el Evangelio á toda criatura, hé ahí por qué nos creemos con derecho para enseñar á los Reyes y á los Gobiernos, y mucho más si son católicos, lo cual sucede en nuestro caso, y llamarlos la atención cuando intentan tomar una medida contraria á la justicia y á los derechos indisputables de la Iglesia.

Pues ahora bien, se trataba de reconocer el reino de Italia; nuestro Gobierno revolvía este proyecto en su pensamiento, y los Obispos españoles, al saberlo, nos dirigimos respetuosamente á S. M., manifestando que ese reconocimiento, en la parte que se refería á las provincias usurpadas al Papa, sancionaría un robo sacrilego y causaría una herida grave al libre ejercicio de la potestad espiritual del Pontífice, etcétera. ¿Qué tiene de criminal esta conducta? El reconocimiento del reino de Italia, por ser también una cuestión política, dejaba de ser una cuestión altamente religiosa, una cuestión que llevaba envuelta la esclavitud ó la libertad de la potestad espiritual del romano Pontífice.

Nosotros no hemos hecho más que lo que en el siglo IV hizo nuestro predecesor el célebre Osio, Obispo de Córdoba, cuando decía al Emperador Constancio: «No te mezcles en las cosas eclesiásticas; no nos impongas á nosotros mandatos acerca de ellas, sino más bien aprende esas cosas de nosotros. A tí te ha dado Dios el Imperio; á nosotros nos ha encomendado las cosas de la Iglesia.»

Y á la manera que el que á tí te arrebató el Imperio contradice á la ordenación de Dios, así tiene no te hagas reo de un gran crimen si atraes á tí las cosas eclesiásticas, etc.» Sólo puede, pues, reconocerse, sosteniendo que la cuestión de dicho reconocimiento era exclusivamente política y que nada tenía de religiosa; pero esto no puede sostenerse, porque lo contrario está en la conciencia de todo el mundo como lo han confesado después hasta los periódicos de ideas más avanzadas. Acerca de lo que es evidente no cabe discusión.

He concluido mi polémica con Vd., la cual tuvo origen en la exposición que en *La Iberia* se figuraba dirigida á S. M. en contra de las que habíamos elevado los Obispos sobre el proyecto del reconocimiento del reino de Italia en la parte que se refería á las provincias usurpadas al Papa. Hemos agotado la materia.

Yo refuté en mis tres primeras cartas la doctrina de su exposición, apoyada al parecer en argumentos teológicos, y lo hice por el reto que en ella dirigía Vd. á los Obispos españoles, desafiándonos á que contestásemos si eran ciertos los textos, si estaban tomados ó no del Evangelio, de los Santos Padres, etc.: Vd. replicó extensamente á ellas: yo he desvanecido esas réplicas. ¿Por quién ha quedado la victoria?

Si se ha de adjudicar al último que habla, pertenecería á Vd. de derecho, porque queda usted en el uso de la palabra; yo no quiero hablar más sobre el asunto que está, como dije, agotado por ambas partes.

Yo, con esta ocasión, me he confirmado más y más en que he sostenido la verdad: Vd. acaso seguirá en la persuasión de que aquella está de su parte; de modo que, para los dos, la discusión ha sido inútil. Ahora para los que se hayan tomado la molestia de leer lo que hemos escrito, acaso será otra cosa. Por mi parte no tengo nada de que acusarme, porque es bueno defender la verdad por aquello de *veritas, quæ non defenditur, opprimitur*.

En nuestra polémica he procedido con lealtad, con la templanza que era debida; no he imputado á Vd. ninguna cosa que no haya dicho; no me he encarnizado contra ninguna parte, y puedo decir con el Apóstol, *bonum certamen certavi*. La batalla ha sido buena ciertamente; porque ha sido por la justicia. Sólo siento no haber peleado tan bien, como hubiera sido de desear, para lograr un triunfo completo; pero, así y todo, no me pesa de haber

entrado en esta discusión, que otro hubiera desempeñado mejor.

Mas en el número 29 de Diciembre de *La Iberia*, he visto un largo comunicado del señor Moya, que sale á la defensa del partido progresista español por la insinuación que hice en mi quinta carta, de que los progresistas españoles no suelen estar al corriente de las doctrinas del progreso, que se profesan en las altas regiones de la ciencia. ¡Cosa extraña! Yo voy á defender al partido progresista español de una inculpação gravísima que, sin duda sin advertirlo, le hace al suponer que admite los tres primeros artículos del credo del progreso científico que en dicha carta formulé. Esto equivale á suponer, contra la intención sin duda del Sr. Moya, que el partido progresista español es ateo, lo cual sería hacerle una injuria grave é innecesaria; porque ese partido en España no es ateo, aunque pueda haber en él, como en los demás partidos políticos, algún individuo, que como una rara excepción, lo sea.

Hé aquí lo que va á ser objeto de la carta ó cartas siguientes, en que refutaré los errores del comunicante.

Con la mayor consideración se repite de usted atento S. S.

EL CARDENAL ARZOBISPO de Santiago.

Ayer, anticipándonos á la mayor parte de los periódicos, publicamos la Nota que el general Lamarmora, Presidente del Consejo de ministros del Rey Víctor Manuel, ha dirigido al señor Bermudez de Castro, ministro de Estado.

Este documento interesantísimo dará probablemente margen á grandes discusiones en el Congreso.

Nosotros nos abstendremos por ahora de hacer reflexiones acerca de él; pero no puede desconocerse que el Gobierno, por no querer quedar mal con nadie en el negocio del reconocimiento, ha descontentado á todos.

Por lo demás, cuando los periódicos ministeriales negaban que la Nota hubiese llegado, nosotros aseguramos lo contrario: ya habrán visto nuestros lectores que *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* decía la verdad.

Con escándalo hemos visto en un periódico que lleva por título *El Amigo del Clero* y que que hasta poco ha se llamaba *Guía del Clero*, las siguientes líneas:

«La redacción ha recibido con aprecio los discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Presbítero D. Fernando de Castro y Pajares.

El nombre del Sr. Castro, justamente reputado en la República de las letras y su calidad de Sacerdote, han contribuido á dar á su trabajo un gran interés de tal manera, que según hemos oído decir, se ha agotado la edición primera de este discurso.

Razones especiales nos impiden hacer del discurso del nuevo académico un detenido examen; bajo muchos conceptos es digno de la fama y buen nombre de su autor. Es un trabajo que bastaría á cimentar una reputación si el Sr. Castro no tuviese adquiridos ya sobrados títulos de talento y de saber.»

No contestamos á este párrafo, porque realmente está contestado con copia de razones en los artículos que llevamos escritos acerca del *Discurso* del Sr. D. Fernando Castro, artículos que, Dios mediante, seguiremos publicando.

Los escándalos que ocurren con los reos puestos en capilla no se remedian con abreviar el tiempo de tan triste situación, abreviando las horas de vida de aquellos desgraciados. Este expediente sólo tiene el mérito de la sencillez, y una vez adoptado, la lógica nos llevaría á ahorcar á los condenados á muerte mientras están durmiendo, como sucedía en Venecia en tiempos de la República, según nos lo ha contado el *cicerone* del palacio de los Dux.

Algo se ha de hacer por un alma que va á ser dentro de pocas horas eternamente feliz ó eternamente desgraciada.

Los escándalos, créanos *La Epoca*, se evitarían en gran parte prohibiendo la entrada en la capilla á todo curioso y principalmente á todo periodista, dejando de ser los diarios noticieros órganos oficiales de ajustados y presidarios, dejando de publicarse por los ciegos noticias del reo que está en capilla, en suma, con un poco más de miramiento á la desgracia, y con un mucho menos de codicia.

Si *La Epoca* como benévolo cree, quiere estar al lado de *EL PENSAMIENTO* para pedir la educación moral y religiosa del pueblo, empiece por pedir con nosotros la educación moral y religiosa de algunos periódicos, y si lo consiguiera habremos puesto una pica en Flandes.

*El Diario Español* dedica hoy un artículo á hacerse cargo de no sabemos qué discordia que se supone ocurrida entre quienes jamás hubo concordia.

Hace algún tiempo que los habilidosos diarios ministeriales, sin duda con el fin principal de desacreditar á los católicos y validos de que los moderados para hacer una oposición más fuerte al Gobierno aparentaron defender como suyos ciertas doctrinas que aquellos sustentan constantemente, dieron en la gracia de suponer que había alianza entre unos y otros, verdadera difamación que usaron á manera de espada de dos filos. Hoy que los moderados, defraudados sus bastardas esperanzas, se muestran como han sido siempre revolucionarios y liberales con colores más ó menos subidos que las demás fracciones, los diarios de la situación todos á una vez gritan que se ha roto la fantástica alianza.

Para probar que esta existió cita *El Diario*;



El hecho de haber votado en la legislatura anterior en favor del ministerio los señores Nocedal, Aparisi, Cláres y otros, pero cuidando muy bien de no decir que la votación a que alude fué en apoyo del principio de autoridad tan combatido por los unionistas con ocasión de los sucesos de Abril. Con un argumento análogo mañana probarán los progresistas ó demócratas que aquellos señores se han aliado con la Unión liberal por haberse puesto al lado del actual Gobierno en la cuestión de orden público.

La no venida de los señores Obispos al Senado, que supone *El Diario Español* que ha sido la ocasión de la ruptura, no lo ha sido en realidad sino para demostrar una vez á los cándidos que el partido moderado es uno de tantos partidos liberales. Alguno de sus órganos llamaba desde hace tiempo la atención por el lenguaje mesurado, cortés, y hasta piadoso con que trataba á los Prelados de la Iglesia; pero llegó la votación última del Senado, no acudieron los señores Obispos, y al día siguiente les acusó de no haber cumplido con su deber. En cambio, los diarios ministeriales, haciéndose cargo de la conducta de aquel diario, han trocado en elogio á los señores Obispos el lenguaje que usaban mientras temieron que pudieran venir á dar un voto contrario al Gobierno. Así son las cosas.

El mismo *Diario Español*, que hace notar los ataques de los periódicos católicos al partido moderado, reproduce hoy las siguientes líneas de *El Español*, diario moderado, que dice así:

«El partido moderado no reniega ni renegará nunca de su origen, que estima en mucho. Hijo de la revolución, vino al mundo como idea reguladora, como término medio entre dos escuelas, entre dos ideas opuestas entre sí y ambas radicales, si bien la progresista aceptaba entonces ciertas bases fundamentales de nuestro credo. El partido moderado, que reúne un gran cuerpo de doctrina, subordinado á principios fijos, á ideas prácticas de gobierno, se vanagloria de haber iniciado, de haber planteado con tesón y con energía, las primeras reformas liberales: desde el Estatuto Real, como base, nada más que como base de ulteriores reformas, hasta la Constitución de 1837, hecha de acuerdo y con la cooperación del partido progresista.

La historia del partido moderado arranca de la revolución española, porque la historia de todos los partidos conservadores va unida ó tiene por origen la historia de todas las revoluciones. Como que no se comprende la escuela conservadora, como que no tendría razón de ser, sin la idea revolucionaria; ni esta idea podría ser un hecho práctico sin la conservación, que es la que en las sociedades políticas perfecciona, las modela, las crea, las crea revolucionarias, que procura asimilar á las verdaderas necesidades sociales, en cuyo conocimiento estriba precisamente la fuerza incontrastable y la verdad incontrovertible de los principios conservadores.

No necesitamos añadir una palabra más á las palabras de *El Español* para justificar nuestra oposición á quienes tales opiniones sustentan.

Hé aquí el dictamen de la comisión de senadores nombrada para informar sobre el proyecto de ley de reuniones:

#### «PROYECTO DE LEY.

Artículo 1.º Es ilícita toda asociación que tenga por objeto:

Primero. Propagar directa ó indirectamente doctrinas contrarias á la Religión católica, la familia, la propiedad ó la Constitución del Estado.

Segundo. Cometer los delitos de lesa majestad, rebelión ó sedición, según se definen en los capítulos 1.º y 2.º, título III, libro segundo del Código penal.

Tercero. Cometer cualquier otro delito comprendido en el mismo Código.

Art. 2.º Los jefes y directores de dichas asociaciones y los que ejerzan en ellas algún cargo de gobierno serán castigados:

En el caso del número primero del artículo anterior, con la pena de prisión menor ó inhabilitación especial perpetua para cargos públicos y derechos políticos.

En el caso del número segundo del mismo artículo, con el grado mínimo de la pena respectivamente señalada á la conspiración para el delito que fuera objeto de la sociedad.

En el caso del número tercero del citado artículo, con la pena correspondiente á la tentativa del delito que trataran de cometer los asociados.

Art. 3.º Los jefes y directores de las referidas asociaciones serán castigados:

En el caso del número primero del art. 1.º, con la pena de prisión correccional ó inhabilitación especial perpetua para cargos públicos y derechos políticos.

En el caso del número segundo del mismo artículo, con el grado mínimo de la pena respectivamente señalada á la conspiración para el delito que fuera objeto de la sociedad.

En el caso del número tercero del citado artículo, con la pena correspondiente á la tentativa del delito que trataran de cometer los asociados.

Art. 4.º Los que presten las casas que posean, administren ó habiliten para el uso ó reunión de cualquier asociación ilícita de las comprendidas en el artículo 1.º incurrirán en la pena señalada á los jefes ó directores de las mismas.

Si la casa fuere un establecimiento público, podrá la autoridad gubernativa mandar cerrarlo.

Art. 5.º Las penas señaladas en los artículos anteriores se aplicarán por los tribunales con sujeción á las reglas establecidas para todos los delitos en el Código penal.

Art. 6.º Es también ilícita:

Primero. Toda asociación de más de 20 personas que, sin autorización previa del gobernador de la provincia, se reúna para tratar asuntos religiosos, literarios ó de cualquiera otra clase, aunque se divida en secciones de 20 individuos, y aunque no se reúna todos los días, ni en días señalados.

Segundo. Toda asociación que pueda considerarse como parte ó dependencia de otra ya autorizada, si en la autorización no se comprendió expresamente la facultad de establecerla.

Tercero. Toda asociación que habiendo sido autorizada para un objeto, se ocupe en otro diferente.

Art. 7.º Los jefes ó directores de las asociaciones comprendidas en el artículo anterior, los que ejerzan en ellas cargos de gobierno y los que presten para su uso ó reunión las casas que posean, administren ó habiten, serán corregidos gubernativamente con una multa individual de 60 á 100 escudos, ó entregados á los tribunales para la aplicación de las penas señaladas en el art. 212 del Código penal.

Cada uno de los meros individuos de las mismas asociaciones será gubernativamente corregido con una multa de 20 á 40 escudos.

Art. 8.º La autorización para establecer cualquier sociedad pública, se pedirá por escrito al gobernador de la provincia respectiva, expresando su objeto y presentando los estatutos ó reglamentos por los cuales se haya de regir, autorizados con las firmas de los fundadores ó socios comprometidos á establecerla.

El gobernador concederá la autorización cuando proceda por escrito, y podrá señalar las condiciones á que hayan de sujetarse los socios.

El gobernador y el Gobierno supremo en su caso, podrán revocar esta autorización siempre que lo estimen conveniente.

Art. 9.º Las sociedades públicas de cualquier especie no tendrán correspondencia entre sí por escrito ni por medio de comisionados ó agentes, como no se hallen especialmente autorizadas para este objeto.

Se entenderá que tienen correspondencia entre sí las sociedades establecidas en una ó en diferentes poblaciones y que adopten una denominación ó tengan un objeto común, cualquiera que sea el número de sus individuos, si no hubieran sido previamente autorizadas.

Las sociedades que quebranten lo dispuesto en los dos párrafos anteriores serán inmediatamente disueltas, y sus jefes, directores ó individuos con cargo de gobierno incurrirán en la multa de 20 á 100 escudos que les será exigida gubernativamente.

Art. 10. Toda sociedad llevará un libro en que se asentarán los nombres, apellidos, profesión y domicilio de los socios, presidentes, tesoreros, secretarios y demás personas que ejerzan cualquier cargo en ella ó estén á su servicio.

Cuando en alguna sociedad se faltare á lo dispuesto en este artículo, serán corregidos gubernativamente con una multa de 20 á 50 escudos cada uno de los jefes, directores ó socios que ejerzan en la misma sociedad algún cargo de gobierno.

Art. 11. Los recaudadores de toda asociación, cualquiera que sea su forma, clase ó denominación, llevarán un libro de entrada y salida de caudales en que consten las personas que contribuyan al fondo social y los objetos en que este se invierte.

Cualquier socio ó persona que directamente contribuya á dicho fondo, tendrá derecho á examinar los libros de la sociedad, siempre que lo estime conveniente.

Los recaudadores ó tesoreros que faltaren á lo prescrito en este artículo, serán corregidos gubernativamente con multa de 10 á 50 escudos, sin perjuicio de la responsabilidad en que puedan incurrir, si además cometieren algún delito penado por la ley común.

Art. 12. Los gobernadores en las capitales de las provincias y sus delegados en los demás pueblos, podrán inspeccionar, á petición de parte ó de oficio, los libros de que tratan los dos artículos anteriores, y mandar que se publiquen en los periódicos oficiales los ingresos y gastos de las sociedades respectivas.

Art. 13. El lugar en que se congregare cualquier sociedad autorizada á una reunión de más de 50 personas, se considerará como público para el efecto de castigar con arreglo al art. 198 del Código penal á los que en él dieren gritos provocativos á la rebelión ó sedición, tocaren ó mandaren tocar con igual objeto campanas ó otros instrumentos, ó dirigieren á la muchedumbre sermones, arengas, pastorelos ó otro género de discursos ó impresos subversivos.

Art. 14. Son ilícitas y no estarán sujetas á las prescripciones de los artículos 6.º, 7.º, 8.º, 9.º, 10.º, 11.º y 12.º de esta ley las asociaciones ó reuniones que se formen durante el período electoral, con el único objeto de concertarse para dirigir las elecciones é influir en ellas.

Palacio del Senado, 10 de Febrero de 1866.—Juan Martín Carramolino.—Manuel García Gallardo.—Juan de Sevilla.—Francisco de Lujan.—Manuel de Sierra.—Serafin Estébanez Calderon.—Francisco de Cárdenas.

Al insertar el anterior dictamen creemos deber notar una gravísima falta, de gramática cuando ménos, que ha cometido el encargado de redactar el art. 13.

Da su literal contexto se deduce que los sermones, arengas y pastorelos han sido calificados por la comisión de subversivos, puesto que después de su enumeración se añade la frase «ó otro género de discursos ó impresos subversivos».

Como á las palabras sermones, etc., no acompaña calificativo alguno, claro es que para el proyecto son por sí solos un género de discursos ó impresos subversivos.

Austria y los mismos Estados Pontificios se ven amenazados de un nuevo peligro.

La causa italiana, preciso es confesarlo, acaba de recibir un refuerzo inesperado.

Nuevo campo se ofrece á la diplomacia de Napoleón III, que tendrá que echar mano de su reconocida astucia para mantener un día más en Italia la política de balanceo que está haciendo tiempo sosteniendo.

Se trata de Garibaldi, que parecía completamente olvidado hasta de sus propios amigos.

Hoy los periódicos nos dan la noticia interesantísima de que este personaje, que tan importante papel desempeña en la revolución italiana, acaba de recibir, para entrar en Venecia y Roma, un par de botas que ha tenido el buen gusto de regalárselas maestro de obra prima.

La noticia aunque inesperada es positiva.

Hoy concluimos de insertar los interesantísimos documentos relativos á la cuestión de Italia, que se presentaron á las Cortes, y son los comprendidos en el libro rojo, algunos de los cuales han dado lugar á la nota del general Lamarmora que ayer publicamos.

Ayer tarde se recibió la noticia de la llegada del correo del Pacífico á Southampton. Por despacho telegráfico se sabe que en nuestra escuela no ocurría novedad; que se hallaba provista de víveres y carbón y que su jefe, señor Méndez Núñez, aguardaba instrucciones del Gobierno.

Ningún acontecimiento de importancia había tenido lugar á la fecha de las últimas noticias.

Un telegrama de París da cuenta de la destrucción de un vapor chileno en los siguientes términos:

«PARÍS, 14.—Los españoles atacaron el 17 de Enero en Caldera, el pequeño vapor chileno *Corvalán*. Los chilenos, estacionados en la ribera, rechazaron en un principio á los españoles; pero habiendo llegado la *Nunanca* y la *Benignola*, destruyeron completamente al *Corvalán*».

Dentro de pocos días se recibirán pormenores de este hecho.

Otro despacho telegráfico dice que el Gobierno de los Estados Unidos está firmemente resuelto á impedir que dos puertos salgan buques que puedan armarse en corso contra España.

El telegrama que insertamos á continuación, parece confirmar la actitud leal y amistosa en que aquel Gobierno se mantiene con España, según todas las noticias recibidas en estos días:

«NUEVA-YORK, 1.º.—El *York-Herald* cuenta, que en el banquete celebrado en la Habana, al que asistió Mr. Sewar, ministro de Estado de los Estados Unidos, este en un brindis dijo: que España era la única potencia que tenía derecho á guardar sus posesiones en América, porque España nunca ha dejado de ser eminentemente americana».

Anoche publicó *La Correspondencia* el siguiente telegrama:

«PARÍS, 13 (por la noche).—El *Times* publica una carta del primer secretario de la legación de España en Londres, desmintiendo la existencia de una carta del almirante Pareja, publicada en el *Times* el 8 de Enero».

El consúl del Perú en Amherst ha dirigido una carta á un diario de aquella ciudad, negando la exactitud de un despacho publicado por la *Independencia* Belga, que decía así:

«ROTTERDAM, 7 de Febrero.—El corsario *Independencia* sigue en Terneuzen vigilado por una fragata holandesa».

El consúl dice que el despacho es erróneo, y que la fragata de vapor *Independencia*, comandada García, que se halla en Terneuzen, es un buque perteneciente á la marina de guerra de la República del Perú.

*La Correspondencia* hace notar que la llegada del correo de la Habana sin novedad alguna, prueba que no existen los corsarios chilenos de que tanto se ha hablado.

#### CORREO DE FILIPINAS.

Se han recibido cartas y periódicos de aquellas islas, de los cuales tomamos las noticias siguientes:

Por el corregimiento de la ciudad de Manila se ha ordenado la reparación de las aceras en bien del ornato público y de la comodidad de los transeúntes.

A inmediación del pueblo de Bacalod (isla de negros) cayó un rayo en la tarde del 24 de Octubre matando á dos personas é hirviendo á tres.

Ha tenido lugar en la catedral provisional el día de la Concepción la ceremonia de recibir la sagrada Comunión las señoritas educandas de los colegios á cargo de las Hermanas de la Caridad.

El acto fué tan edificante como debía esperarse, sabiendo el esmero con que aquellas religiosas se consagran á la educación de sus alumnas.

Se quejaban en Manila de los robos de reses mayores y menores que con demasiada frecuencia se venían observando en el radio de aquella capital. En un solo día habían desaparecido 14 reses.

El 9 fondeó en aquella bahía la fragata de guerra francesa, de vapor, nombrada *Guerriere*.

Al día siguiente el general gobernador de la plaza hizo una visita al almirante francés monseñor Roca. Al efecto salió en el cañonero *Min-danau*, y después de pasar algunos momentos á bordo de la *Guerriere* fué despedido á su salida con 15 cañonazos, saludo que la plaza devolvió.

Entre la multitud de beneficios que ha causado el jubileo, ha sido uno de ellos la restitución de multitud de alhajas y objetos robados de hace años. La tesorería de Hacienda ha expedido ya tres ó cuatro cartas de pago con el mismo motivo.

Dignos por todo concepto de alabanza son los Sacerdotes de esa divina escuela, que con tales palabras más sencillas en los labios obran tales beneficios.

El vapor de las mensajerías imperiales, *Tigre*, llegó á Singapur con la mala del 19 de Octubre, á las ocho y veintitres minutos de la mañana.

Entre las obras nuevas que con motivo del último terremoto ha sido necesario emprender, se encuentran la capitanía del puerto y la casita de la comandancia de carabineros en cuya construcción se emplea grande actividad.

Asimismo se empezó el derribo de la iglesia de Binondo, que á consecuencia del terremoto del 3 de Junio quedó en muy mal estado. El reverendo Párroco de este arrabal tiene un gran interés en la pronta construcción de ella, por ser la de San Gabriel muy pequeña para la población que administra.

Ha fallecido el reverendo Padre fray José Cuesta, religioso franciscano, Párroco de Pandacan.

El 15 de Diciembre salió para las Marianas la corbeta *Narvaez*, conduciendo á su bordo al nuevo gobernador de aquellas islas el señor comandante Moscoso.

En el pueblo de Imus, provincia de Cavite, habían sufrido la última pena tres bandidos, convictos y confesos de robos en cuadrilla y homicidios.

Se habían celebrado exámenes públicos en la Academia de pilotaje.

La goleta de vapor *Antmora* fondeó el 16, á las cuatro y media de la tarde, con la correspondencia exterior, cuyas fechas alcanzaban al 22 de Octubre las ordinarias de Madrid, y al 27 las de París y Londres.

Las Misas de aguinaldo se habían celebrado con la solemnidad acostumbrada en los años anteriores y con una concurrencia inmensa.

Por su parte los chinos habían querido divertirse también en los últimos días del año anterior y primeros del actual, levantando tabladitos en varios puntos de Manila y representando comedias al estilo de su país.

El Excmo. señor gobernador superior civil había recorrido á pié, el 21 de Diciembre, todas las calles del nuevo trazado de San Nicolás en Binondo, acompañado de la comisión del exaltísimo ayuntamiento, encargada de hacer que se verificase cuanto antes la repoblación de aquel sitio, bajo las reglas de policía municipal.

Finalmente, á últimos de Diciembre había salido para la Pampanga, con objeto de hacer un viaje de exploración, el vapor *Isabel II*.

A la salida del correo la tranquilidad pública continuaba inalterable.

Según saben nuestros lectores, ayer en la madrugada falleció el Infante D. Francisco de Asís Leopoldo, á consecuencia de un derrame seroso cerebral.

Anoche á las ocho fué expuesto el cadáver en la capilla de Palacio, guardado por los monjes de Espinosa, por guardas alabarderos y gentiles-hombres y por los individuos de la hermandad de criados de la Real casa.

Estará expuesto al público hasta las ocho de la mañana del viernes, en que será conducido con las ceremonias de costumbre al monasterio del Escorial.

En la cuarta semana del mes de Enero han ingresado en la Caja de depósitos 5.299,889 escudos, ó sean 52 millones de reales.

Se han devuelto 5.418,799 escudos, ó sean 51 millones de reales en números redondos.

El Tesoro ha recibido de la Caja 13 millones de reales y ha devuelto 14.

La cuenta de caja del fondo de reserva arroja un cargo de 70 millones de reales, y una data de 67 millones de reales en números redondos.

Según *La Epoca*, en la visita que Prim hizo al señor Aguiar, presidente del Consejo de ministros de Portugal, parece que le manifestó que pensaba permanecer por ahora en Portugal; pero que si su presencia en Lisboa podía ser causa de alguna dificultad para el Gabinete, inmediatamente se apresuraría á variar de propósito.

El Sr. Aguiar parece que le contestó que Portugal era una nación libre, y que, como la Inglaterra, tenía siempre abiertas sus puertas á la desgracia; añadiendo que tenía por otra parte completa confianza en que su conducta, durante su residencia en aquel reino, no produciría suceso alguno que pudiera entorpecer las buenas relaciones entre dos naciones amigas y aliadas.

El gobernador de Cádiz participa al ministerio de Ultramar con fecha de ayer, que á las siete de la mañana había fondeado en aquel puerto el vapor-correo de la Habana *Infanta Isabel*, conduciendo 432 pasajeros, de los que 367 son de tropa, y la correspondencia pública y de oficio.

Dice *La Epoca*:

«La comisión nombrada por el Congreso para que informe acerca de los actuales diputados cuyas funciones como empleados públicos juzgue incompatibles con el cargo de representantes del país, creemos que presentará en breve su dictamen, y es natural que esté en consonancia con los deseos manifestados desde la oposición por esos señores.

Hay muchos diputados á quienes la ley declara notoria y terminantemente incompatibles. Esos diputados debieron dejar su puesto como funcionarios desde el instante en que juraron en menos del presidente del Congreso, y sin embargo, no sólo no lo han hecho así, sino que continúan desempeñando sus empleos y cobrando los sueldos á ellos asignados. Y cuenta que no nos referimos á aquellos cuya incompatibilidad pueda ofrecer dudas, porque sobre esas dudas nada más natural que el Congreso resuelva; hablamos únicamente, y son varios, de los que no ofrecen duda de ningún género, sino que se declaran por la ley-escudados».

En vista de la declaración precedente de *La Epoca*, nada más natural que los interesados devuelvan al Estado los sueldos que han percibido.

Dicese que el señor marqués de Corvera ha propuesto en el seno de la comisión del Senado que ha de dar dictamen sobre el proyecto de ley de imprenta presentado por el Gobierno, una reforma importante, que consiste en facultar á las autoridades para rectificar en los periódicos oficiales las noticias equivocadas que dan los periódicos, obligando á estos á copiar los comunicados de origen oficial. La obligación no será extensiva más que al periódico que dé la noticia y á los que la copien. Este sistema de comunicados es parecido al que rige en Francia, con la única diferencia de que en el vecino Imperio las autoridades se dirigen directamente á los periódicos que han publicado las noticias dignas de rectificación, mientras que aquí, si es aceptada esta reforma, los periódicos oficiales serán los que reciban las comunicaciones de las autoridades.

Pues señor, ¡cuánto más sencillo que esto es la práctica recogida, con arreglo, por supuesto, á las leyes que la prescriban!

Leemos en un periódico de noticias:

«Ayer ha llegado á esta corte una comisión valenciana, con el objeto de presentar á S. M. una reverente exposición pidiendo que, con arreglo al art. 2.º de la ley de desamortización de 1.º de Mayo de 1855, se exceptúen de la venta los bienes del colegio del Patriarca de Valencia».

Buena quedaría la desamortización, si los pueblos pudiesen evitarla por medio de exposiciones.

El mismo diario continúa diciendo:

«Vuelven á correr rumores, según un corresponsal de París, de que la Emperatriz Eugenia va á emprender un viaje á Roma, en donde pasará la Semana Santa y las fiestas de Pascua».

Nos alegraremos porque así contemplaré de cerca la heroica mansuetud con que nuestro Santísimo Padre sufre las ofensas de los católicos sinceros.

El 10 del actual salió para Andalucía el general la

Torre, que desde principios del mes anterior se hallaba detenido en la capitanía general de Badajoz.

Los ejércitos de Cataluña, Aragón y Valencia han sido organizados en brigadas y divisiones.

Dice *La Correspondencia*:

«El Consejo de guerra organizado á consecuencia de los últimos sucesos, terminará sus actuaciones en los primeros días de la próxima semana. Esta razón y la del aspecto tranquilo que ha presentado estos días Madrid, acabará de borrar las últimas señales de aquellos dolorosos sucesos».

Mucho nos alegraremos.

No obstante los clamores de una parte de la prensa contra la concesión de un permiso para el establecimiento de una tahona en la calle de San Pedro, y pidiendo á la autoridad que como medidas energéticas con los establecimientos de aquella especie, á fin de que no se repitan en ellos sucesos lamentables como los de la tahona de la plaza de Bilbao, y á pesar del recuerdo de las Ordenanzas municipales, hecho por algunos periódicos, tenemos entendido que se insiste en el propósito de establecer la referida tahona, y lo que es peor, hay fundamento para temer que se otorgue la licencia, desoyendo las reclamaciones de aquel vecindario.

Leemos en *La Reforma*:

«En el fastuoso y concurrido baile que se efectuó en la madrugada de antaño en el teatro de Oriente, baile que sobrepasó al anterior en animación y movimiento, ocurrió un incidente del que fuimos testigos presenciales, y que mereció consignarse para denunciar la probidad de un camarero del restaurant allí establecido».

Es el caso que un espléndido audífon que obsequió á cenar á varios de sus amigos, se le presentó una cuenta por el referido mozo que ascendía á 1,700 reales; pareciendo excesivo lo cobrado en vista de lo comido y bebido un amigo del audífon tuvo la buena ocurrencia de enterarse por el dueño de la fonda de lo que mandara cobrar, por lo cual se vino en conocimiento de que aquel perillan se había tomado la libertad de añadir una unidad de la suma de 700 reales á que en junto ascendía la cuenta».

1700 reales en una cenal 1700 reales, además de una multitud de gastos que deben suponerse indispensables en una noche de máscaras!

¿Sería el espléndido audífon algún amigo de los pobres?

Continúa el mismo periódico *«La Reforma»*, y dice:

«Otro incidente, aunque más trágico, ocurrió también en el baile de Capellanes, y que felizmente no tuvo graves consecuencias».

A lo que parece, por cuestión de amores, un prógimo disparó á otro un pistoletazo á quemarropa, del que libró con toda suerte por haber fallado el pistón; el hecho, aunque causó alguna alarma en la concurrencia, no impidió que el baile continuara, recordándonos aquella gráfica expresión de Pan y toros:

No es nada: un soldado muerto; puede el baile continuar».

En vista de esto, ¿no se animan los padres de familia á llevar á semejantes sitios á sus hijas?

Sabemos que muy pronto quedará establecida en Madrid una nueva casa de Socorro, titulada del 6.º distrito, y la cual comprenderá los dos municipales del Hospital y del Congreso. Dicha casa se halla situada en la plazuela de Matute, muy inmediata á la calle de Atocha, y su disposición interior parece la más á propósito para el servicio á que se la destina. Tiempo era de que la tercera Casa ó sea la situada en la plazuela del Progreso, contase con una auxiliar en el punto de la nevamiente establecida ó en otro próximo; comprendiéndose apenas cómo ha podido dispensar oportunamente sus socorros á las tres parroquias de San Lorenzo, San Sebastián y San Millán, cuyos límites principian en la calle de Alcalá, esquina al Prado y concluyen en la plaza de San Andrés.

Leemos en un periódico:

«No se confirma, por desgracia, la noticia de la nueva baja de derechos en la importación de los vinos españoles. La baja será propuesta, pero se refiere sólo á los vinos embotellados y de determinada graduación alcohólica. Esto, aunque un periódico jerezano, lección de favor, más bien podría perjudicar nuestros vinos en Londres, por la mayor concurrencia que podrían hacernos los vinos de otros países que los envían embotellados á aquel emporio comercial».

## CORTES.

### CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 14 de Febrero de 1866.

Abierta á las dos se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Los Sres. Navarro Villoslada y Reina pidieron la palabra.

Se dió cuenta de una comunicación del señor presidente del Consejo de ministros participando el alto mando de S. A. R. el serenísimo señor Infante D. Francisco de Asís Leopoldo. (Véase la parte oficial.)

El Sr. PRESIDENTE: En vista de la comunicación que acaba de leerse, creo expresar los patrióticos sentimientos del Congreso pidiendo que declare haber oído con profundo dolor la infausta nueva, y que en muestra de este dolor se suspendan las sesiones por tres días.

Hecha la pregunta se acordó por unanimidad lo propuesto por el señor presidente.

El Sr. PRESIDENTE: En consecuencia de este acuerdo, se suspenden las sesiones hasta el sábado. Se señala para la sesión del sábado el día del día señalado para hoy.

Se levanta la sesión.

Eran las dos y cinco minutos.

### ULTIMA HORA.

Según noticias de Lima que directamente recibimos por el correo de hoy, con fecha 13 de Enero, se nos asegura que se había publicado en aquel día el tratado de alianza entre Chile y el Perú, que estaba ya cangado, y como consecuencia de él la solemne declaración de guerra á España, acompañada del secuestro de bienes de españoles y la internación de estos al interior, como se acostumbra en aquellos países en semejantes casos.

El Sr. Roberts, encargado de Negocios interino, salía para Panamá.

En el Perú, á última hora se decía que la *Resolución* había echado á pique parte de la escuadra peruana en la isla de Juan Fernandez.

El Gobierno del Perú se ha apresurado á publicar varios decretos imponiendo contribuciones sobre el algodón, la plata y otros productos, considerando que los ingresos percibidos hasta ahora por el guano están muy amenazados, ó casi perdidos, á consecuencia



PARTE RELIGIOSA.

**SANTOS DE HOY.** Santos Faustino y Jovita, hermanos, mártires.  
**SANTOS DE MAÑANA.** San Julián y 5,000 compañeros mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la capilla del Santísimo Cristo de San Ginés, donde por la mañana habrá Misa cantada para manifestar á su Divina Majestad, á las ocho, y á las diez será la mayor; por la tarde, á las cuatro, se rezará la estación y el rosario, seguirá el sermón, que predicará D. Ambrosio Infantes, y concluirá con el Santo Dios y el salmo *Miserere* para reservar.

A las diez habrá Misa mayor con sermón, sobre el Evangelio del día en la iglesia de San Sebastián y en la Capilla Real, y con manifestación en la capilla del Santísimo Cristo de la Salud.

La V. O. T. de San Francisco celebra devotos *Misereres* al Santísimo Cristo de los Dolores en su propia capilla: á las cuatro de la tarde, después de manifestar á su D. M., se rezará la Estación y la Corona dolorosa; en seguida el sermón, que dirá D. Agustín Fernández, terminando con el *Miserere* y la Reserva.

Por la tarde, á las cuatro, habrá ejercicios con *Miserere*, sermón y *Miserere*, en las iglesias de Jesús Nazareno, Calatravas y Niñas de Leganes; y por la noche, en Santo Tomás, San Millán, capilla de la Paloma, San Martín, San Justo, San Lorenzo y Oratorio del Olivar, Espíritu Santo y Caballero de Gracia.

En las Trinitarias se practicarán por la tarde los ejercicios de instituto en honor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y dirá el sermón D. Mateo Yañez.

**VISITA DE LA CORTE DE MARIA.**—Nuestra Señora del Carmen, en su iglesia, ó en la parroquia de San José.

Se reza de San Raimundo con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.



LA SEÑORITA

DOÑA MARIA DE LOS DOLORES DE BERRIOZABAL Y GARCIA DE LA TORRE

ha fallecido el 14 del corriente á las doce del día.

Su padre el marqués de Casafar, su hermana doña María Josefa de Berriozabal, su tía doña Juan García de la Torre y demás parientes suplican á V. E. se sirva encomendar á Dios y asistir al funeral de cuerpo presente que se ha de celebrar el viernes 16 á las diez de la mañana en la iglesia parroquial de San Sebastián.

En lo que recibirán especial favor.

El duelo se despide en la iglesia.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

El marqués de San Gregorio, presidente de la facultad de la Real Cámara, dice al mayordomo mayor de S. M. á las siete de la mañana del día de ayer lo que sigue:

«Excmo. Sr.: S. A. R. el Sr. Infante don Francisco de Asís Leopoldo, ha fallecido á las cinco y cincuenta minutos de la madrugada de hoy á consecuencia del derrame seroso cerebral que anunció á V. E. la facultad de la Real Cámara en el primer parte de ayer.

«La misma facultad tiene el doloroso sentimiento de participarlo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.»

DOCUMENTOS DIPLOMATICOS sobre los asuntos de Italia.

(CONCLUSION.)

El ministro de Estado al embajador de S. M. en París.

San Ildefonso, 5 de Noviembre de 1865.—Excelentísimo señor.—Me he enterado con suma satisfacción de los despachos de V. E., núms. 364, 374 y 377, en que me transmite detalladamente las conversaciones que ha tenido con Mr. Drouyn de Lhuys sobre los negocios de Italia, y muy particularmente en lo relativo á las eventualidades que puedan ocurrir en Roma al concluirse la evacuación, ya comenzada, de los Estados pontificios por las tropas francesas.

El Gobierno de S. M. cree que, á pesar de la reserva en que parece encerrarse el ministro de Negocios extranjeros, raya casi en lo imposible que pueda la Francia en ningún evento abandonar la sagrada persona del Pontífice, ni consentir en que le despojen jamás de sus Estados, ora sea por agresiones exteriores, caso ya previsto en el tratado de 15 de Setiembre, ora por sublevaciones interiores que pudieran instigar y provocar los revolucionarios de afuera y los enemigos del Pontificado.

La Francia se ha reservado su libertad de acción si ese caso llega; no ha adquirido ningún compromiso internacional, es cierto, en favor del Papa; pero, para una nación que está á su altura, ha contraído un empeño más solemne todavía, proclamando desde la tribuna del Cuerpo Legislativo que no consentirá jamás que Roma se deje absorber por la Italia, aun cuando el pueblo romano lo quisiera.

El tratado de 15 de Setiembre implica y significa la coexistencia de dos monarquías.—La desaparición de una de ellas sería la destrucción del tratado que la Francia hizo justamente para arreglar la cuestión italiana.—La absorción de Roma por la Italia, en virtud del principio de soberanía, se convertiría en una cuestión de equilibrio europeo, se convertiría en una cuestión que entraría en el dominio de todo el catolicismo:

no lo podría consentir la Francia.—Estas son las palabras y el pensamiento que constituyen el compromiso que la Francia ha contraído á la faz de todo el mundo desde lo alto de la tribuna.—Si el tratado de 15 de Setiembre no previó el caso de una revolución interior, significó y significó la coexistencia de dos monarquías; si para ese caso no previó se reservó la Francia su libertad de acción, la Francia ha explicado ya desde su tribuna cuál es el uso que piensa hacer de esa libertad; y hé aquí por qué, á pesar de la reserva de Mr. Drouyn de Lhuys acerca del porvenir, no podemos creer que pueda jamás la Francia abandonar, ni la persona del Pontífice, ni los justos y legítimos derechos de la Santa Sede.—Es un compromiso de honor para ella, que la liga algo más de lo que, según parece, cree el ministro francés, á juzgar por sus conversaciones con V. E.

Falta todavía más de un año para que la evacuación sea completa; y durante este tiempo es probable, por lo menos muy posible, que el aspecto público varíe en Roma, si se ha de confiar en lo que indican los recientes cambios en la administración.

El Gobierno de S. M., que aprueba completamente la conducta de V. E., espera de su reconocido celo que seguirá estando á la mira de esta importante cuestión, y que aprovechará todas las ocasiones que se le presenten para influir con ese Gobierno en la resolución que en su día haya de adoptarse para poner á salvo los intereses de la Santa Sede, si llegaren á verse amenazados.

Dios, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez de Castro.

El encargado de Negocios de España en Roma al ministro de Estado.

Roma, 23 de Octubre de 1865.—Excmo. Señor.—Muy señor mío: La evacuación francesa me ha comenzado á dar; pero se llevará á cabo en el mes próximo, y del modo que tengo manifestado á V. E. en anteriores despachos.

Hasta ahora sólo se observa algún movimiento de concentración en la provincia meridional de Frosinone, aunque sólo en los puntos menos importantes, pues su capital se halla aún ocupada por las tropas imperiales. Si aún no se ha entregado al ejército pontificio la capital de aquella provincia, continuando el movimiento de concentración, es por guardarse para ello á la llegada del general en jefe, conde de Montebello, á quien se espera hacia fines del presente.

En seguida, creyéndose que para entonces habrá disminuido el cólera en Tolón y Marsella, empezará la evacuación parcial, partiéndose de tres á cuatro mil hombres.

Pero aún así, aquí continúa por lo general muy arraigada la creencia de que la Francia, aun cuando embarque parte de sus tropas, no llegará á evacuar enteramente este territorio, juzgándose que no puede renunciar al interés que en el fondo tiene de ocuparlo.

Creencia es muy generalizada de que antes de llegar el término del convenio hallará la Francia motivos ó pretextos para no abandonar por lo menos á Civita Vecchia.

Esta idea existía hace algunos meses hasta en las esferas del Gobierno; pero puedo asegurar á V. E. que hoy tienen allí la convicción íntima de lo contrario, persuadidos de que el Emperador quiere realizar completamente la evacuación proyectada.

Como quiera que sea, es indudable que aquí tienen recelo, no de ataque exterior que venga á amenazar el poder de la Santa Sede, sino de que apenas evacúen los franceses totalmente, se conspire dentro de estos Estados, se fomenten desde fuera las maquinaciones y nazca en el interior mismo del país lo que haya de poner en peligro á la causa que sostienen.

Por lo que toca á lo pactado ostensiblemente, en el convenio de 15 de Setiembre, en favor de la Santa Sede, no se duda sea cumplido de un modo literal y exacto, quedando en fin este país entregado enteramente á sus fuerzas y elementos propios.

No temiendo, pues, ningún ataque exterior, no se ha pensado ni se piensa en armarse para defenderse de peligro semejante. Si este existiera, por poco importante que fuera cualquier ataque del exterior, tengo la convicción íntima, y con migo todos los que conocen bien el estado y circunstancias de este país, que aquí sucederían pronto, siendo su ejército insignificante para tal empresa.

Convencido, pues, este Gobierno de la inutilidad ó imposibilidad de armarse y prepararse para combatir cualquier enemigo exterior, se limita á ponerse en estado, antes de la evacuación francesa, de mantener el orden y de reprimir cualquier rebelión en el interior.

Para ello cuentan con unos nueve mil hombres, que con las plazas que están tratando de llenar, subirán á diez mil; fuerza, á juicio de todos, suficiente para este objeto, pues si se logra con habilidad, prudencia y energía precaver ó deslazar ciertas maquinaciones, y llegado el caso, reprimir la osadía de una minoría venal ó turbulenta, los motivos del pueblo, reducido á sí propio, les será fácil sofocarlos con las tropas existentes.

Limitase, pues, este Gobierno á prepararse actualmente, como tengo dicho, para las eventualidades que surgir pueden en el interior. Para ello es necesario tanta energía como prudencia en los primeros tiempos de la evacuación francesa, y si sobra la primera al ministro de las armas, monseñor de Merode, carece por completo de la segunda.

Con la salida de monseñor de Merode, es indudable que el ministerio gana en unidad y armonía, prevaleciendo en él completamente las ideas del Cardenal Antonelli. Sus principios y doctrinas, V. E. las conoce. Su política será, á mi juicio, inalterable. Pero si la mente del Gobierno seguirá siendo la misma, la prudencia del Cardenal y su espíritu conciliador se reflejarán en sus actos.

Prueba es ya del infeliz exclusivismo de este secretario de Estado, los nombramientos de que he dado cuenta á V. E. por telégrafo, que consisten, según podrá ver, si gusta, en el periódico oficial, que le remito adjunto, en el cambio del director general de policía, el del ministro del Interior y el de varios delegados de las provincias.

Los dos primeros han sido muy acertados, pues.

Monseñor de Rauli, es tan hábil como respetable y circunspecto. Además, habiendo sido este por muchos años delegado en Civita Vecchia, punto de reunión á veces de los comités re-

volucionarios, conoce sus manejos, y es apto, cual ninguno, para el nuevo puesto.

En cuanto al ministro del Interior, monseñor Witten, es persona de mucha aptitud y condiciones para este cargo. Su antecesor, monseñor Pili, era personalmente afecto al ministro de la Guerra.

En definitiva, la Santa Sede seguirá, á mi juicio, como hasta ahora, la misma línea de conducta política, no dispuesta hoy, más que ayer, á transacción alguna que concierna al poder temporal.

Nada más por hoy puedo decir á V. E. digno de su ilustración y superior juicio. Pero confío, le ruego, en que le participaré con toda eficacia, y oportunamente, cuanto vaya ocurriendo, en cumplimiento de la Real orden de 7 del corriente, que así me lo previene.

Dios, etc.—(Firmado).—M. de Zea Bermúdez.

El ministro de Estado al encargado de Negocios de España en Roma.

San Ildefonso, 6 de Noviembre de 1865.—He recibido el despacho de V. S., núm. 169, de 23 de Octubre próximo pasado, en el que reiteran lo que anteriormente me tiene manifestado, anuncia el próximo embarque de la primera división francesa, y entrando á apreciar la significación de la última modificación ministerial y las razones por que se ha verificado, participa la interpretación que alí se da al convenio de 15 de Setiembre, y su convencimiento de que la política del Cardenal Antonelli será la misma que hasta aquí ha observado.

Ante todo, debo dar á V. S. las gracias por su celo y actividad en tener al corriente al Gobierno de la Reina de todo lo que ocurre en Roma, esperando continué informándome de cuanto así suceda, sin olvidar hacerlo respecto á la política que piensa seguir el nuevo embajador de Austria, Mr. Hubner.

Aunque de los despachos de V. S. se desprende siempre que el Cardenal secretario de Estado piensa persistir en la misma línea de política de resistencia, la salida del ministerio de monseñor Merode y los cambios que se han hecho en el personal deben tener alguna más significación que un mero cambio de personas.

Las noticias que el Gobierno de S. M. recibe de París le hacen creer en la buena fe del Emperador en el cumplimiento del convenio de Setiembre, no viendo más peligro para el poder temporal del Santo Padre que el de una revolución interior, la cual podía conjurarse con prudentes reformas y acertadas medidas políticas.

Si se le presentase á V. S. una ocasión oportuna, asegure al Cardenal Antonelli que el Gabinete español, que se interesa vivamente por todo lo relativo á la Santa Sede, procura hacer cuanto le es posible, por medio del embajador en París, para evitar toda interpretación del convenio de Setiembre que no sea favorable al Santo Padre; y que en todas ocasiones se le encontrará dispuesto á trabajar en favor de la Santa Sede. Pero del mismo modo, y sin dar lugar á que se pueda suponer que la España pretende ingerirse en los negocios de la política interior de Roma, manifestará V. S. á ese señor Cardenal secretario de Estado que el Gobierno de la Reina cree que una serie de prudentes y bien meditados reformas podrá evitar la revolución interior á que antes me referí, y que considero el único peligro serio que puede amenazar al poder temporal del Papa.

De Real orden, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez de Castro.

El ministro de Estado al ministro plenipotenciario de S. M. en Florencia.

San Ildefonso, 6 de Noviembre de 1865.—Excelentísimo señor: He recibido el despacho de V. E., número 142, fecha 22 de Octubre último, en que se ocupa de la evacuación del territorio pontificio por las tropas francesas y de las consecuencias que pueden seguirse de esta determinación, y me comunica además varias noticias políticas.

En contestación á este despacho, me parece conveniente remitir á V. E. copia de los que me ha dirigido el embajador de S. M. en París, marcados con los números 361, 374 y 377, que tratan de aquel suceso, así como de las comunicaciones que sobre el propio asunto he dirigido al mismo representante de la Reina en 14 de Octubre y 5 del actual, para que por ellas vea V. E. la opinión y las ideas del Gobierno de su majestad en la materia, y le sirvan á la vez de norma de su conducta y de instrucciones que puede consultar en las ocasiones que se le ofrezcan.

Si ha de darse el crédito que merece á lo que dice el Gobierno francés, y valor á lo que consignan en sus columnas periódicos como la *Patrie* y otros de reconocida significación en el vecino imperio, la Italia no podrá jamás apoderarse de Roma, que no debe temer conflicto alguno por agresiones exteriores; siendo, por consiguiente, una revolución interior, promovida con más ó menos espontaneidad por los romanos mismos, el día en que las tropas francesas abandonen el territorio pontificio, el único peligro que amenaza seriamente al Papa.

Las noticias que recibo por diversos conductos me confirman tan bien en esta creencia, y aun me hacen ver que en Italia misma empieza á generalizarse la idea de que la posesión de Roma podría ser una mera ilusión con embarazo y quizás un peligro, para el nuevo reino italiano; idea de que participa ya hasta la Inglaterra, en cuyos periódicos se ha expresado repetidas veces esta misma opinión. Encargo á V. E. que procure averiguar, y me haga saber, cuál es la manera de pensar del Gabinete italiano en este punto, y la más generalizada entre los hombres importantes de ese país; y por lo que hace á V. E., conociendo por estas comunicaciones la opinión del Gobierno de S. M., sólo debo indicarle que arregle á ella su conducta y sus conversaciones sobre este importante asunto.

Dios, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez de Castro.

El ministro plenipotenciario de S. M. en Florencia al ministro de Estado.

Florencia, 31 de Octubre de 1865.—Excmo. señor.—Muy señor mío: Las segundas elecciones del 29 han dado por resultado el triunfo del partido liberal en sus diferentes matos, sin excluir el más avanzado, sobre los candidatos reaccionarios, contra los cuales se coaligan las demás fracciones á excitación de los comités y de la prensa, en vista de la exigua y comprometida votación del 22. Así y todo, César Cantù, el baron Oudes Reggio, Conti y algunos otros menos conocidos de su comunión política, han sido proclamados diputados.

Corre estos días el rumor de que se ha celebrado una convención secreta con el Papa, arreglando la cuestión romana. El Gobierno desmiente la noticia, pero los noticieros infatigables aseguran que la ha hecho el Rey sin ausencia de sus ministros. Ha dado quizás lugar á esta especie un folleto del abogado Boggio, en que aconseja que se trate pronto y directamente con la Santa Sede, por temor de que, al desocupar las tropas francesas el territorio pontificio, no imponga el Emperador Napoleón á la corte de Florencia condiciones contrarias á la unidad de Italia. El abogado Boggio se figura, sin duda, que es más fácil obtener de Pio IX y del Cardenal Antonelli el desistimiento del poder temporal, que de las naciones católicas. No merece la pena de discutirse el error de semejante esperanza. El Sr. Boggio, con una imprudencia inexcusable, ha entregado á la publicidad conversaciones reservadas habidas con el Papa; pero de las cuales no se desprende absolutamente nada que sea favorable al propósito enunciado, sino la idea, en que está Su Santidad, de que al Emperador Napoleón, más que á él mismo, le conviene conservar á Roma. Es innegable que, después de sabers aquí que los franceses se retiran, temiendo que, al hacerlo, el Gobierno imperial ha de tomar sus precauciones para poner á salvo de cualquiera contingencia los intereses de la Santa Sede, se nota una corriente de opinión en el sentido de negociar con el Pontífice. Pero, ¿qué y sobre qué bases? Hé aquí la dificultad.

Dios, etc.—(Firmado).—Augusto Ulloa.

El ministro de Estado al ministro plenipotenciario de S. M. en Florencia.

San Ildefonso, 6 de Noviembre de 1865.—Excelentísimo señor.—He recibido el despacho de V. E., número 150, de 31 de Octubre último, en que, además del resultado que han ofrecido las elecciones generales que acaban de tener lugar en ese país, me comunica algunas noticias que circulan en esa capital sobre la posibilidad de una próxima avenencia entre el Pontificado y la Italia.

A pesar de que hay muchos que no creen realizable semejante inteligencia, por la distancia que media entre sus respectivas aspiraciones, los sucesos que han ocurrido de un año á esta parte, los que en la actualidad tienen lugar en los Estados Pontificios, y también el estado de la opinión, ofrecen motivos para esperar que, acaso en un plazo no lejano, lleguen á entenderse ambas potencias y á conciliar sus deseos para mútuo provecho de ambas. Y en efecto, después de la correspondencia que tuvo lugar entre los Gabinetes de París y Florencia á consecuencia del tratado de 15 de Setiembre, que fija de un modo claro y terminante, en concepto del Gobierno de S. M., el sentido que debe darse á ese pacto internacional, y después de las declaraciones hechas por Mr. Röhner en el Cuerpo Legislativo francés, al tratarse de la cuestión de Roma durante la última legislatura, declaraciones que han dado mayor solemnidad á los compromisos que la Francia ha adquirido y que ha empezado á cumplir preparándose para retirar en breve una parte del contingente que ocupa los Estados de la Iglesia, puede abrigarse la esperanza de que, convencidas la Italia de que no puede aspirar á Roma, y la Santa Sede de que la evacuación de las tropas francesas es un hecho positivo, vengán quizás á un avenimiento, que sería sin duda sumamente conveniente para todos.

Por lo que hace á nosotros, me refiero en un todo á la comunicación que con esta misma fecha dirigió á V. E., y á las copias que la acompañan; ellas darán á conocer á V. E. las ideas del Gobierno de S. M. sobre este importante asunto.

Dios, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez de Castro.

El ministro de Estado al embajador nombrado de S. M. en Roma.

San Ildefonso, 6 de Noviembre de 1865.—Excelentísimo señor.—Después de haber manifestado á V. E., en el despacho correspondiente, las intenciones y propósitos del Gobierno de S. M., sobre los asuntos sometidos á la gestión y cuidado de la embajada de que en breve deberá hacerse cargo V. E., cumplo llamar muy especialmente su atención sobre los particulares á que el presente despacho se refiere. Las instrucciones á que estos dan lugar completarán el conocimiento que ya V. E. tiene de las miras del Gobierno, en cuanto concierne á la delicada cuestión de Roma, y del verdadero fin que le guía en tan importante materia; el cual naturalmente habrá de reflejarse en la conducta de V. E.

Conviene, pues, en primer lugar, que V. E. aproveche cuantas ocasiones se le presentaren para asegurar, así á Su Santidad como al Cardenal Antonelli, que la católica España prosa hoy, como siempre, el más profundo respeto y las más vivas simpatías al Padre Santo, y que uno de los principales móviles que la han impulsado á reconocer el reino de Italia ha sido precisamente el poder emplear con mejor resultado sus esfuerzos en favor del poder temporal de la Santa Sede. Para persuadir á V. E. más y más del pensamiento del Gobierno en este punto, y para que consten de una manera fehaciente cuáles son sus verdaderas intenciones, acompaño á V. E. el despacho que dirigí al embajador de S. M. en París, en 14 de Octubre anterior, por si V. E. encontrare ocasión de leerlo confidencialmente.

Conviene asimismo que V. E. aproveche, siempre que pudiere, la ocasión para hacer presente que España, que ni ha podido ni tiene que conservar territorio alguno en Italia, ni fines políticos á que atender, y que carece, en suma, de toda clase de miras interesadas, vería con gusto las reformas que se hiciesen en Roma para precaver el único peligro eventual que puede amenazar al Santo Padre, que es el de una revolución interior, supuesto que las disposiciones del convenio de 15 de Setiembre le ponen á cubierto de otro género de amenazas. Salvado así el principio del poder temporal, que tanto interesa á todo el mundo católico, y no arriesgando lo que hoy posee la Santa Sede, quizá pueda esperarse que el tiempo y la Providencia se encargen de devolverle lo que ha perdido.

Al hacer estas indicaciones, cuando una ocasión favorable se ofrezca, debe V. E. tener muy presente que es necesario evitar que se sospeche que el Gobierno español aspira ó pretende ó tiene la más remota intención de ingerirse en la política interior de la corte de Roma, y que la expresión de esa opinión es únicamente hija de su interés por el Pontífice y de su convicción de que de este modo podrán evitarse los únicos peligros que pueden amenazar la existencia del poder temporal.

Réstame sólo advertir á V. E., para terminar este

despacho, que, siendo todo aquello que á Roma se refiere la cuestión de mayor importancia para España, el Gobierno espera que V. E. le tendrá al corriente é informado con puntualidad de cuanto allí ocurra.

Dios, etc.—(Firmado).—M. Bermúdez de Castro.

El embajador de S. M. en París al ministro de Estado.

París, 16 de Diciembre de 1865.—Excmo. Sr.—

Aquí, como he dicho á V. E. muchas veces, hay, al menos hasta ahora, una resolución firmísima de cumplir en todas sus partes el convenio de 15 de Setiembre, desembarazando la política francesa de los negocios de Roma. Todo lo que llega de aquella capital, que pueda poner en cuestión este deseo, desalienta; se cree que se trata sólo de crear estorbos y compromisos, cerrando á puerta á toda esperanza de conciliación. Y á menos que no cambien por causas imprevistas la política imperial, el mismo día en que espire el plazo estipulado, saldrá el último soldado francés del territorio pontificio. Lo que suceda después será objeto de otros acuerdos entre las potencias católicas; pero la evacuación completa tendrá lugar; y creo de mi deber manifestar de nuevo á V. E. esta convicción mía, fundada en cuanto veo y en cuanto oigo; porque, en materia tan importante y delicada, toda ilusión podría acarrear peligrosas consecuencias.

Dios, etc.—(Firmado).—El marqués de Lema.

El ministro de Estado al encargado de Negocios de España en Roma.

Madrid, 23 de Diciembre de 1865.—He leído con interés el despacho de V. S., de 7 de este mes, número 167, en el cual me hace presente la desfavorable impresión que la causado en Su Santidad y en su Gobierno el discurso pronunciado por el Rey Víctor Manuel en el acto de la apertura de las Cámaras italianas, y manifiesta su recelo de que las palabras pronunciadas en aquella solemne ocasión por el Soberano italiano hayan dado motivo á que se consideren defraudados en sus esperanzas los que, interesándose por la suerte del Pontificado, confiaban en una próxima negociación entre el Gabinete de Florencia y la corte de Roma, siquiera aquella no tuviese más objeto que el arreglo de los asuntos espirituales.

Muy sensible es, á la verdad, que hayan podido entibiarse las buenas disposiciones mostradas en estos últimos tiempos por una y otra parte, á fin de disminuir la tirantez de relaciones que desgraciadamente existe entre el Gobierno pontificio y el nuevo reino de Italia.

Grande sería la satisfacción del de S. M. si sus incansables gestiones consiguieran hacer desaparecer todo motivo de nuevo peligro para la Santa Sede.

A este fin se encaminan sus esfuerzos, como observará V. S. por las instrucciones comunicadas al embajador de España en París con fechas 14 de Octubre y 5 de Noviembre últimos, cuya copia le remito adjunta, á fin de que, penetrándose del espíritu de profunda simpatía que anima al Gobierno de la Reina hacia la sagrada persona de Pio IX y de su solicitud por los intereses del Pontificado, aproveche V. S. la primera ocasión oportuna para asegurar al Gabinete de Roma que el Gobierno español se encuentra dispuesto á prestar á la Santa Sede, como ya lo ha verificado por medio del embajador de S. M. en París, todo el concurso moral de una nación tan católica como España, y tan interesada en la conservación del poder temporal del Padre común de los fieles.

Dios, etc.—M. Bermúdez de Castro.

MERCADO DE MADRID.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.  
7916 arrobas de trigo.  
1760 arrobas de harina de idem.  
6447 arrobas de carbon.

PRECIOS DE LOS GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.  
Trigo . . . . . de 22 á 41 Rs. vs.  
Cebada . . . . . de 22 á 25 id.  
Algarroba . . . . . de 2 á 22 id.

FONDOS PUBLICOS.

CAMBIO AL CANTAR.		Publicado.		No publicado.	
Titulos del 3 p. § consolidado.	37-50,				
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. § il.					
Titulos del 3 p. § diferido.	34-85				
Inscripciones en el Gran Libro.					
Material del Tesoro preferencia con interés.					
Idem no preferente, con interés.					
Idem sin interés.					
Participes legos convertibles á 3 p. §.					
Idem del 4 y 5 por 100.					
Deuda amortizable de primera clase.					
Idem amortizable de segunda idem.					
Deuda del personal.					
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interés anual.	88-75				
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. § ANUAL					
Emission de 1.º de Abril de 1850, de 4 000 rs.					
Idem de 2.º de 2000 rs.					
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 000 rs.					
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 000 rs.					
Idem de 3 de Marzo de 1853, de 4 000 rs.					
Idem de 13 de Agosto de 1852, de 4 000 rs.					
Idem de 1.º de Julio de 1856 de 4 000 rs.					
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1958.					
Del Canal de Isabel II, de 4 000 rs. 8 000 anual					
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriis.	70-90				
Acciones del Banco de España.					

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejada, Silva, 47, bajo.